

Año II. — ALICANTE L. DE JUNIO DE 1889. — Num. 48



EL ALICANTINO.



PARA SOLEMNIZAR EL CUARTO CENTENARIO

DE LA

EPIFANÍA DE LA SANTÍSIMA FAZ AL PUEBLO DE ALICANTE.

Y ahora, Señor, te seguiremos de todo corazón y te tememos y buscamos tu Faz, *Daniel III.*

Maniféstate, Señor, tu Rostro y seremos salvos, *Salmo 79.*

Bienaventurado el pueblo que camina alumbrado con la luz de tu Rostro: se regocijará todos los días y será exaltado en tu Justicia, *Sal. 38.*



Levántese Dios y sean dispersos sus enemigos, y huyan de ante su Faz los que le aborrecen, *Salmo 67.*

Y dirán á los montes y á las piedras: caed sobre nosotros y escondednos de la Faz del que se sienta en el trono, *Apocalipsis VI.*

Y la tierra se movió y los montes se derretieron como cera ante la Faz del Dios de Israel, *Salmo 67.*

Y SU FAZ LUCIRÁ COMO EL SOL (*Apoc. I.*)

ALICANTE: IMPRENTA DE ANTONIO SEVA.

LO SOBRENATURAL

He aquí una palabra contra la que se rebelan airados el egoísmo de la razón y el orgullo de la ciencia.

La razón todo quiere comprenderlo, la ciencia todo presume explicarlo. Pero la verdad es que una y otra se hallan detenidas á cada paso por barreras insuperables.

Sin la luz de lo sobrenatural, la razón anda á tientas, y se pierde en inextricables laberintos; y la ciencia se revuelve impotente en el caos del enigma y los misterios.

Allá en los orígenes de nuestra especie, el Criador, al infundir el soplo de la vida en el cuerpo de barro del primer hombre, marcó con su dedo omnipotente el sello de lo sobrenatural en nuestra naturaleza. La culpa vino á destruir la obra de Dios, pero dejó impresas huellas horribles y profundas, que, si bien no dejaron rastro de lo sobrenatural, perpetuaron con sus estragos la memoria de la grandeza perdida. Ved ahí por qué el origen de la humanidad y su destino son un misterio para la ciencia que prescinde de lo sobrenatural.

La humanidad, en el trascurso de los siglos, fué regenerada por el Hombre-Dios, y restablecida, por un milagro de amor y omnipotencia, en todas las prerogativas y derechos del orden sobrenatural. Ved ahí por qué la historia es un enigma para la ciencia que se rebela contra el orden divino. En cada evolución de la humanidad y en cada página de la historia se deja ver y sentir la acción y el influjo de lo sobrenatural.

¡Felices los individuos y las sociedades que no resisten á la acción sobrenatural de Dios que palpita en el fondo de nuestro sér, y se manifiesta potente y fecunda al través de los siglos y las generaciones!

EL OBISPO DE ORIHUELA

BERENICE

(FRAGMENTO)

Ayer Jerusalén, ébria de gozo,
Como á Rey de Israel le recibía,
Y á su paso con gritos de alborozo,
Su manto por alfombra le tendía.
Pero ¡ay! qué poco dura
Ese amor de los pueblos ostentoso,
Fruto que no madura:
Seméjase al arroyo bullicioso
Que el verde prado en primavera esmalta,
Las flores riega, por las piedras salta,
Y copia en sus cristales la hermosura
Del alto pino, del castaño umbroso
Y el desmayado saúce;
Pero se seca en el ardiente estío,
Y no se ven en el invierno frío
Ni leves huellas del borrado cáuce.
La muchedumbre inestable
A Jesús como jefe proclamaba,
Porque Rey invencible le juzgaba.
Hoy, con voz imperiosa y formidable,
No creyéndole ya caudillo fuerte,
Pide á Pilatos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo
El procónsul rehusa,
Viendo sin mancha al pretendido reo,
Y criminal al pueblo que le acusa;
Ni leve sombra de delito oculto
Hallar Pilatos en su vida puede;
Pero amenaza popular tumulto,
Ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
Los gritos acallar de la conciencia;
Débil ante las turbas sediciosas,
Firma de Cristo la mortal sentencia.
Aun sin romper el ponderoso yugo
En que gime entre penas y trabajos
Es la plebe un tirano con andrajos
Y feroces instintos de verdugo:
Siempre de sangre humana está sedienta;
Valor, saber, virtud ... todo la ofusca,
Y cual rayo que aborta la tormenta,
Para arrasarla las alturas busca.

Berenice no sigue
La nueva ley del justo Nazareno,
Mas de Cristo el recuerdo la persigue;
Vivida caridad arde en su seno,
Y se pregunta si será inocente
Aquel desconocido delincuente;
Y sin saber por qué, suspiros lanza,
Que muchas veces lo que el alma siente
La inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía,
Que le agobia con grave pesadumbre,
Mira alborear el malhadado día
En que, desamparada la inocencia,
Del peñascoso Gólgota en la cumbre
Debe cumplirse la fatal sentencia
Que á Pilatos pidió la muchedumbre.

Berenice, con ánimo abatido,
Ya que consuelo nó, busca el olvido;
Y queriendo enfrenar el sentimiento
Que la sumerge en pertinaz tristeza,
Oye la voz de femenil flaqueza;
Y se orna y engalana
Con túnica de seda siciliana
Teñida por el múrice sangriento,
Y con su manto leve,
Blanco, cual de montaña nunca hollada
Destumbradora nieve;
Y á sus esclavas llama apresurada
Para que esmalten su cabello de oro
Con su rico y espléndido tesoro
De costosa y pulida pedrería,
Que la reina de Livia envidiaría,
Donde lucen diamantes sin rivales,
Preciosas esmeraldas de Etiopía
Y albas perlas en ramas de corales.
En vano Berenice
Desvanecer sus penas imagina;
Plañidera bocina
Con sepulcrales notas hiere el viento,
Y el vibrante metal triste la dice:
Que ya al supicio va, que se avvicina
De Jesu-Cristo el postrimer momento.
Calenturiento frío
Por su cuerpo serpea,
Al oír el alegre griterio
Con que celebra populacho impío
La muerte de la gloria de Judea.
Con insegura planta y lento paso
Marcha Jesús bajo la cruz sangrienta;
Es el dorado sol que va al ocaso,
El cedro que desgaja la tormenta;
Es el mártir sublime
Que á la culpable humanidad redime.
Vedle.... se acerca ya.... ¡Cuánto padece!....
Le afrentan con la cruz y la corona.
El verdugo á la víctima escarnea;
La víctima al verdugo compadece,
Y el escarnio y la muerte le perdona.
Es su cansancio tanto
Al palacio al llegar de Berenice,
Que mide el suelo con su cuerpo santo
Y la impaciente plebe le maldice.
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
Con la implacable muerte en fiera lucha;
Para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
Un ¡ay! desgarrador, largo, profundo;
Berenice lo escucha,
A sus entrañas llega y las conmueve.

Se arrastra á la ventana, allí de hinojos
Ve á Jesús á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acogojado,
Y en ella fijos los inmóviles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdón predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.
De Berenice el corazón se oprime,
Desconsolada gime,
Maldice á los sicarios inhumanos,
Su espíritu en tinieblas se sepulta
Y en las ebúrneas manos
El bello rostro temblorosa oculta.

Privada de la acción sólo un momento,
Muévela á poco generoso intento;
Ir en apoyo de Jesús decide,
Y ni sus fuerzas mide,
Ni en los peligros de su intento piensa,
Ni sueña con posible recompensa.
De su palacio por las tersas gradas
Baja veloz con desusado brío,
Sus esclavas la siguen azoradas,
El bullicio gentío
Traspasa con gallardo continente,
Y llega hasta la víctima inocente.
Alas tener quisiera
Para arrancarle de la odiosa turba
Y remontarle á inaccesible esfera;
Y por calmar al menos un instante
La acerba angustia que á Jesús conturba,
Le enjuga con el manto su semblante.
Esta muda protesta al pueblo enoja;
Torvo sayón con mano encallecida
A Berenice entre la turba arroja.
Queriendo prolongar el sufrimiento
De la víctima angusta escarneaída,
Y que la opaca luz casi extinguida
De su débil vivir recobre aliento.
Un hijo vigoroso de Cirene
A Cristo presta mercenaria ayuda;
Simon el peso de la cruz sostiene

En su espalda forzada,
Jesús levanta la abatida frente,
Y el áspero camino del suplicio
Prosigue lentamente.—
¡Sufrá el Señor la inmerecida pena!
¡Cumplace el sacrificio
Que la Divina Caridad ordena!
Compacta muchedumbre numerosa
Airada el paso cierra
A la noble matrona generosa.
Un lánguido desmayo
De sus esclavas á los piés la tierra
Cual si la hiriese fragoroso rayo.
Al volver á la vida
Mira su blanco manto ensangrentado,
Y en él con líneas de carmín grabado,
El rostro de Jesús ve sorprendida.
Destácase de Cristo la Cabeza,
Dechado de hermosura,
Sin sombra de renocer ni de tristeza,
Ornada de esplendor y de ternura;
Sin torvo ceño ni mirada aviesa,
Parece que á la triste Berenice
La bienandanza celestial predice,
Y amor, sagrado amor, tan solo expresa;
Parece que ha olvidado sus agravios,
Que ha vencido el rigor de las desgracias,
Que vá á mover los dibujados labios
Para decirle "adiós" y darle gracias.
El lienzo be-a convulsiva y muda,
Y en plácido fervor trueca su duelo:
Ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesu Cristo es su Dios el Dios del cielo.
¡Oh inefable momento!

En raudales de luz baña su mente;
Las brumas rasga de la duda ciega,
En el santuario de su pecho siente
El misterioso y vago movimiento
De un alma que se va y otra que llega.
Deja de ser el ave solitaria
Que con flecha afilada el pecho herido,
Sin fuerzas vuela tras lejano nido;
El bajel que con ansia temeraria
En un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazón cada latido
De enardecida fé muda plegaria.
No sueña, no delira,
No es mentida ilusión que se evapora:
El lienzo toca y el portento mira:
Ve de la fé la sonrosada aurora,
Y el áura pura del Edén respira;
Se desprende en sereno y libre vuelo
Del barro vil de la mansión terrena,
Y se enlaza con mágica cadena
Al infinito Ser, cielo del cielo.
Sin apartar un punto Berenice
Los fascinados ojos
Del Blanco cuadro con perfiles rojos
Que en éxtasis la arroba dulcemente,
Cual si viera á Jesús, sumisa dice:
—"No soy digna, Señor, de este presente."
La responde una esclava
Que de Cristo la imágen
Atónita miraba:
—"Nadie cual tú merece
Ser la dichosa dueña
De ese fúnebre don, de amor enseña,
Que te abisma, te halaga y entristece.
"Ese regalo del eterno Padre
"Para tu bien recibe;
"¿Quién más digna que tú?"
—"¿Quién? Pues no vive
"De Jesu Cristo la apenas Madre?—
—"Su Madre, ¡pobre Madre! condenado
"El Hijo de su amor á injusta muerte,
"Este suelo de horror habrá dejado
"Por no correr del Salvador la suerte."
—"Calla, desventurada, y obedece,
"El temerario pensamiento enfrena;
"No rebaja el dolor, sinó enaltece:
"Nunca es cobarde corazón que pena.
"No insultes al pesar hondo y prolijo....
"Corre á llevarla el funeral sudario.
"¿Aún vacilas mujer?... Vé tras el Hijo.....
"A sus piés la hallarás..... en el Calvario."
LARMIG.

LA SANTÍSIMA FAZ

QUE SE VENERA EN ALICANTE.

NARRACIÓN.

I.

La caída de una de esas tardes melancólicas propia de la estación del otoño, retirábase al convento de Ntra. Sra. de Gracia, que se alzaba en el cerro llamado de los Angeles al N. O. de nuestra ciudad, el Padre Guardián y otro religioso que le acompañaba. Antes de llegar, cruzóse con ellos en el camino un hombre como de unos cincuenta años, que vestía traje de penitente. Este saludó á sus Reverencias, pidióles la mano, que besó con respeto, y disponíase sin más á continuar su viaje, cuando le detuvo una pregunta del P. Guardián:

—¿De dónde venis, hermano?
—De Roma, Padre.

—Largo viaje traeis! ¿Y habeis permanecido allí mucho tiempo?

—Diez y siete años; he estado al servicio de Su Eminencia el Cardenal Isidoro, y á su muerte, ocurrida seis meses há, he querido terminar en mi patria los días que me resten de vida.

—Y ¿cómo sucedió que entraseis al servicio de aquel Prelado?

—Me conoció en Constantinopla cuando fué tomada por los turcos.

—Ah, con que estuvisteis en la capital de Oriente?

—Estuve y luché en defensa del nombre cristiano, y aquí traigo un testigo que no me deja mentir;—y el peregrino señaló una cicatriz que tenía en el lado izquierdo de la cara.

—¿Queréis quedaros esta noche en nuestra compañía, pues ya es tarde, y tendremos el gusto de oiros referir algo de lo ocurrido en aquella gran desgracia?

—Padre, si es vuestra voluntad...

—Sí, podeis pernoctar con nosotros, y continuar mañana el viaje.

Dirigieronse, pues, los tres al convento, que no distaba más de un tiro de honda del sitio donde esta plática había tenido lugar, y el P. Guardián condujo á su celda al forastero é hizo que le sirvieran comida, pues con el deseo y la esperanza de llegar aquella noche á su pueblo, venía sin probar bocado desde por la mañana temprano. Entre tanto corrió por la comunidad la noticia del huésped que allí se alojaba, y varios religiosos acudieron á oír su relato, juzgando, y no se equivocaban en ello, que sería curioso é interesante. El peregrino comenzó así su narración:

—Eramos tres hermanos, y yo el menor de todos. Mi madre murió al darme á luz (E. P. D.); mi padre y mi hermano mayor fueron cautivos de piratas y nada ya se ha sabido de ellos; solamente quedamos una hermana y un servidor de vuestras Reverencias. Ella casó con un honrado y cristiano labrador llamado Lorenzo Mena, y se estableció en San Juan: es á la que voy á ver ahora si todavía vive, pues lo ignoro. Yo me dediqué á la vida de mar, y navegaba de nuestro puerto á Génova. En esta ciudad me hallaba cuando salió una expedición para auxiliar á los cristianos de Oriente amenazados por los turcos; y yo que desde el cautiverio de mi padre y de mi hermano ardía en deseos de pelear contra infieles, me alisté en aquella flota, que nos condujo á Constantinopla, donde acababan de llegar también otros auxiliares venecianos. Los de la expedición genovesa fuimos destinados á Gálata, arrabal contiguo á la ciudad y uno de sus puntos avanzados, cuya defensa se nos confió. Allí ocupé mi puesto resistiendo á varios ataques de los turcos, que no cejaban en su empeño á pesar de las grandes pérdidas que les hacíamos sufrir en los asaltos que intentaban. La situación de la plaza era apuradísima, estrechada cada día más por el enemigo, cuyo fanatismo exaltó un fenómeno luminoso de la atmósfera que vino á apagarse sobre la ciudad, en el cual los musulmanes presumieron ver un presagio de que Dios abandonaba á los cristianos. Corría el último tercio del mes de Mayo, y aprovechando Mahomet aquel entusiasmo de los suyos, ordenó el asalto general para el día veintinueve.

No tardó en llegar á nosotros la noticia de la resolución tomada en el campamento enemigo, y dispuestos á vencer ó morir, nos preparamos al combate confesando y comulgando, siendo el Emperador el primero en dar ejemplo. Sacáronse en pública rogativa las Sagradas Reliquias, y entre ellas el *Santo Sudario* de la Verónica, traído allí de Jerusalén, según se tenía por cierto; y concluida la procesión, nos dimos todos un abrazo de despedida, y ocupamos nuestro puesto. Sucedia esto la víspera del asalto. En previsión de cualquier contingencia, habíase mandado esconder las Reliquias más preciadas para evitar su profanación por parte de los infieles, si Dios tenía dispuesto en sus altos juicios y para castigo de nuestros pecados, que la ciudad cayera en su poder.

Allí se encontraba á la sazón Su Eminencia el Cardenal Isidoro, que en calidad de Legado del Papa, había venido para procurar la unión de los cristianos de Oriente con los de Occidente, conforme á lo tratado en el concilio de Florencia. Este Prelado era quien sostenía el valor de los nuestros, animándonos y exhortándonos á no temer la muerte en defensa del nombre cristiano. Al amanecer el día 29, comenzó el ataque: por mar y por tierra se lanzaron los turcos al asalto, sin que adelantaran nada en las primeras embestidas; más los genoveses, mercaderes venales, creyeron sacar mejor partido entrando en tratos con los infieles y les entregaron traidoramente el barrio Gálata. Pero Dios es justo, y aquellos desleales hubieron luego de sufrir el yugo del vencedor, y dejando de ser aliados, pasaron á la clase de siervos tributarios. Se les dió un gobernador turco, se demolieron sus torres y baluartes, les fueron robadas gran parte de sus riquezas, y sus mujeres é hijos quedaron expuestos á la insolencia de los otomanos. No quise hacerme yo cómplice de aquella apostasía y deslealtad, y como pude

me evadí retirándome al reducto más inmediato de la plaza. Entonces fué cuando recibí la herida, cuya curación fué un verdadero milagro.

—¿Cómo? interrumpió el P. Guardián.

—Pronto lo sabréis, ahora permitidme continuar. En el reducto estaba el Legado pontificio animando á los combatientes y auxiliando á los heridos. Dirigíme á él y le manifesté lo que ocurría en Gálata, de que sintió Su Eminencia gran pesar, ordenándome después que me hubo vendado la herida, le acompañara al punto donde estaba el Emperador. Seguíle, mas apenas habíamos andado un corto trayecto, cuando nos llegó la noticia, harto triste, de que Constantino acababa de caer mortalmente herido al rechazar un asalto de la parte de tierra, y en tanto se izaba en Gálata la bandera de la media luna. Desde aquel punto todo se consideró perdido, pues entró el desaliento en los nuestros, y los turcos avanzaban haciendo horrible carnicería. Entonces advertí á Su Eminencia del peligro gravísimo que corría, si los infieles llegaban á descubrirle por su traje; y habiendo encontrado un soldado muerto, que tenía estatura igual y gran parecido con el Prelado, le despojé de sus ropas, las cuales ofrecí á éste, cubriendo luego el cadáver con las vestiduras cardenales. Los hechos vinieron á probar cuán acertada había sido mi previsión; pues cuando los turcos llegaron á donde estaba el soldado muerto, creyendo que era el Cardenal, le cortaron la cabeza, la pusieron con el capelo en una pica, y lo pasearon por la ciudad y el campamento haciéndole mil ultrajes.

Así disfrazado, retiróse Monseñor á Santa Sofía acompañándole yo, y ¡para coincidencia! en el trayecto una flecha vino á herirle en la misma parte donde yo lo estaba. Vendíle la cara con un pañuelo, con lo que el disfraz fué más completo, y así llegamos á la Basílica, donde ya se habían refugiado otros muchos: allí esperamos resignados lo que Dios tuviese dispuesto de nosotros.

El Prelado me hizo entretanto varias preguntas sobre mi patria y familia, y habiéndole enterado de todo, me propuso, si Dios se servía libranos de aquel peligro, el que permaneciese con él á su servicio, lo cual acepté con agradecimiento. «Pues bien—me dijo entonces—voy á confiarle un secreto por lo que pudiera suceder;» y me indicó el sitio donde había sido escondido el *Santo Sudario*, añadiendo: «si yo pereciera, tú serás el depositario de esa Reliquia que te lego para tu patria.» No sé lo que pasó por mí al oír esto; pero desde entonces nada me preocupa sino es la Veneranda Faz, y más de una vez he soñado tenerla conmigo, y que después de mi muerte se le había levantado un santuario en mi pueblo.

No tardaron en llegar los turcos al templo, y después de hacernos cautivos, nos trasladaron á su campamento, donde permanecimos tres días, hasta que clasificados los prisioneros, se nos propuso el rescate. A mí, por pertenecer á las fuerzas que habían capitulado en Gálata, me dejaron libre; por el señor Cardenal pidieron cincuenta ducados, ignorando la calidad de su persona y estimándole como simple soldado. Su Eminencia me dió entonces una contraseña para que me presentara con ella á una familia de la ciudad, la cual me entregó el precio de su rescate y otra cantidad para hacer el viaje. Aunque rescatado, Monseñor no se atrevió, sin embargo, á entrar de nuevo en Constantinopla por temor de ser conocido, y pidió pasaje para la isla de Chio. Aun faltaban dos días para hacernos á la mar, y aquella misma noche Su Eminencia tuvo una misteriosa visión, en la que le pareció ver el Adorable Rostro, que, derramando una lágrima, le reprendió amorosamente que se dispusiera á marchar y dejara el *Santo Sudario* en tierra de infieles. Confuso y avergonzado, me refirió al despertar lo que durante la noche le había ocurrido.

—Monseñor, le dije, yo salvaré el *Santo Rostro*.

—No podrás hacerlo sin gravísimo riesgo de tu vida.

—Ofrecíale—le respondí—á Dios en defensa del nombre cristiano, y no he de rehusársela ahora para salvar su Rostro Adorable.

—¿Y si fueres descubierto con la Reliquia?

—Señor, tengamos fé y confiemos en la Providencia: si es voluntad de Dios que se salve el *Santo Sudario*, Él allanará el camino y me librá de todos los peligros.

—Pues vete con mi bendición y Dios te ayude según fé tienes; yo entretanto oraré por el buen éxito de tu empresa.

Partí para la ciudad con mi traje de soldado genovés, que hacía que los turcos me mirasen con menos recelo que á los otros soldados cristianos que se habían rescatado. ¡Qué cuadro tan triste presentaba Constantinopla, entregada tres días al saqueo y pillaje de aquellos infieles! No hubo abominación que no cometieran: asesinatos, violaciones, adulterios, sacrilegios; los sepulcros de los Césares y los de los Santos Mártires, los templos y las imágenes habían sido profanados, y las Reliquias arrojadas á los perros y á los puercos....»

El peregrino interrumpió aquí su narración, profundamente conmovido por el recuerdo de las abominaciones de que había sido testigo; después continuó:

«Mahomet había hecho buscar el cadáver del Emperador para hacerle un entierro magnífico; pues deseaba honrar su esfuerzo y valor. Aquel día se celebraba el funeral, y á él debían asistir todas las tropas otomanas. Esta circunstancia favoreció mi difícil empresa; aprovechándola, pues, y con todas las precauciones que el caso requería, logré apoderarme del *Sudario*, lo escondí en mi pecho, y volví al campamento. Cuando Su Eminencia me vió llegar, dió un hondo suspiro que reveló toda la ansiedad que había experimentado durante mi ausencia.

—¿Has salvado la Reliquia?

—Aquí está, Monseñor;—y sacándola de mi pecho la puse en sus manos. Recibióla con gran veneración y llorando de alegría; la besó y me la dió á besar también; y ¡Dios sea bendito! al tocar con nuestros labios el Lienzo Santo, ambos nos sentimos al punto curados de nuestra herida. En aquel instante el señor Cardenal dejó de ser superior para mí, y yo dejé de ser su humilde criado; ambos nos confundimos en un abrazo común, mezclándose sus lágrimas con las mías movidos uno y otro por un mismo sentimiento de amor y gratitud hacia nuestro Redentor. A no habernos impuesto las circunstancias ciertas reservas, nos hubiéramos entregado á manifestaciones de júbilo y entusiasmo; mas hubimos de reprimir los impulsos del corazón y limitarnos á dar gracias al Señor en lo íntimo de nuestra alma por aquel beneficio tan señalado que su bondad acababa de dispensarnos.

Poco después nos dirigimos al barco que debía conducirnos á Chio, y esperamos á bordo la hora de hacernos á la vela. De Chio pasamos luego á Creta, y desde aquí en un bastimento veneciano, partimos para Italia. Ya entonces Su Eminencia había dejado el incógnito y yo iba manifestamente á su servicio. Dios quiso darnos áun otra ocasión de admirar su bondad y obligarnos con un nuevo motivo de agradecimiento: una furiosa tempestad que se levantó cuando ya dábamos vista á las costas de Italia, nos puso en apuradísimo riesgo de naufragar; habíamos perdido toda esperanza humana de salvación y solamente un milagro podía libranos de una muerte segura. El milagro vino, que Dios jamás abandona á los que en Él ponen su esperanza y le invocan en los mayores peligros. El Cardenal sacó el *Santo Sudario*, y después de hacernoslo adorar á todos los que formábamos la tripulación, lo arrojó al mar—las olas calmaron al punto, la tempestad cesó, y el Lienzo bendito sobrenadando sin humedecerse en torno del barco, se nos acercó hasta que pude yo mismo recogerlo. Al recibirle el Prelado en sus manos, todos caímos de rodillas, y adoramos la Faz Sacratísima de nuestro Dios, llorando lágrimas de amor y gratitud.

Por fin arribamos á Génova, desde donde pasando por Turín nos dirigimos á Roma. Ya allí se tenía noticia de la gran desgracia ocurrida en Constantinopla. Su Eminencia presentóse al Soberano Pontífice, y después de darle cuenta de todo lo allí sucedido, le ofreció la Santa Reliquia; pero rogándole le otorgara ser depositario de ella hasta su fallecimiento; y accediendo el Padre Santo, el Lienzo Bendito fué colocado en el oratorio de mi Señor, donde todos los días tenía yo la honra y el consuelo de adorarlo. Allí permanecí los diez y siete años que han trascurrido desde nuestra llegada á Roma. El señor Cardenal murió y yo he querido restituirme á mi patria. Antes de su muerte me manifestó voluntad de recompensar mis servicios; pero me negué á aceptar cosa alguna, indicándole tan sólo el gusto que tendría en poseer la Santa Reliquia.

«Juan—me dijo entonces—he tenido un sueño que juzgo providencial y misterioso: he visto en las costas de España á todo un pueblo postrarse ante esa Imagen Veneranda é invocar su protección al grito de ¡misericordia!, y he visto levantarse allí un templo al que acudían gentes de muchas partes á adorar el Rostro del Señor. Respetemos, pues, los arcanos de Dios. ¿Quién sabe el destino que la Providencia tendrá reservado á esa prodigiosa Efigie que tu salvaste de tierra de infieles?»

Al oír estas razones de Su Eminencia, callé, fuime al oratorio, adoré el *Santo Rostro*, y le dirigí con toda mi alma esta oración: «Señor, yo salvé vuestro Rostro adorable y á mí me pertenece: que sea mi pueblo el elegido por Vos para poseerlo...»

Al día siguiente murió Su Eminencia, y no muchos después tomaba yo este bordón con el que quise peregrinar hasta mi patria en penitencia por mis pecados.»

Al llegar aquí el peregrino calló, y todos los circunstantes guardaron también silencio como si meditasen. En esto sonó la campana que tocaba á retiro, y acompañando el P. Guardián al forastero á la habitación que se le había destinado, se despidió de él.

II.

Al día siguiente muy de mañana, el peregrino salía para San Juan. Después de preguntar á varios vecinos,

entró por fin en una casa á la salida del pueblo yendo á Muchamiel.

—Loado sea Dios.

—Por siempre—contestó una mujer como de unos sesenta años.

—¿Habita aquí Francisca Gozalbez?

—Yo soy para servir á Dios y á usted.

—¿Qué noticias tiene de su hermano Juan?

—Desde un viaje que hizo á Génova hará ya unos veinte años, nada hemos sabido de él.

—¿Y usted le conocería si le viera?

—¿Qué sé yo!

—¿Válgame Dios, Francisca, no conoces á tu hermano!

—¡Ay, Juan!

Y ambos hermanos se abrazaron, permaneciendo algunos momentos sin poder articular palabra por la emoción, repuestos de la cual, el recién-llegado hizo á su hermana varias preguntas:

—¿Y tu marido?

—Ha muerto.

—¿Tienes hijos?

—Uno que poco há se ha ordenado de sacerdote: ahora está en la parroquia diciendo misa.

—¿Cómo se llama?

—Pedro; voy á que le avisen para que no tarde en venir.

—¿Dios sea bendito por todo! exclamó Juan.

La noticia de la llegada del hermano de Francisca, cundió inmediatamente entre los vecinos y la casa se había llenado de los que iban á conocerle y felicitar á la madre de Mosén Pedro. Este llegó al poco rato y abrazó cariñosamente á su tío, y Juan á su vez, llorando de contento y satisfacción, besó la mano del Sacerdote su sobrino, teniendo á grandísima honra contar en la familia á un ministro del altar. Durante algunos días Juan fué el tema obligado de todas las conversaciones, y él tenía que repetir á cada instante el relato de sus aventuras, siendo de notar que nunca hablaba de la Santísima Faz sin que derramara lágrimas y las hiciera derramar á los que le escuchaban. Así pasaron algunos años viviendo Juan en compañía de su hermana y su sobrino, quienes no permitieron separara de su lado hasta su muerte.

Seis habían trascurrido ya de la vuelta de Juan, cuando hubo de venir á Alicante un Prelado romano, que después de cumplir cerca de la Corte de España una importante misión que le confiara la Santidad de Sixto IV, regresaba á Roma, y vino á nuestro puerto á esperar pasaje. La noticia de la llegada de aquel personaje se esparció al momento, y no fué Juan el último que la supo. Vino, pues á nuestra ciudad, buscó ocasión de ver á Su Eminencia, y fué grande su alegría al reconocer en él á uno de los amigos de más íntima confianza de Monseñor Isidoro. Presentósele, y muy luego le recordó el Cardenal, manifestándole cariñosamente el gusto que tenía en volverle á ver. Preguntóle por su familia, y Juan le manifestó tener un sobrino sacerdote, á quien Su Eminencia mostró deseos de conocer; y presentado Mosén Pedro por su tío, fué desde aquel momento su cicerone durante los días de permanencia del Prelado en nuestra ciudad, acompañándole á todas partes y obsequiándole cuanto pudo. El Cardenal quedó muy reconocido á la solicitud de Mosén Pedro y de su tío, á quienes expresó su deseo de hallar ocasión de corresponder á sus atenciones y obsequios. Llegado el día, y después de una despedida afectuosa, Su Eminencia se embarcó con rumbo á Italia.

Zarpó el buque de nuestro puerto con tiempo bonancible, más á poco de haber doblado el cabo de las Huertas, la veleta giró repentinamente y comenzó á soplar viento fresco de Levante, que arreciando por momentos obligó al capitán á mandar recoger velas. La mar se hinchaba cada vez más y pronto fué el barco juguete de las olas, que no le permitían obedecer al timón y hacían vanos los esfuerzos de los marineros para tomar otra vez el puerto. La situación era con extremo apurada, y la alarma y el espanto se habían apoderado ya de los ánimos; cuando resonó con lúgubre acento la voz de «cada uno se encomiende á su santo patrono.» Una súbita inspiración hizo recordar á Su Eminencia en aquellos críticos instantes lo que tantas veces había oído referir á Monseñor Isidoro de la manera milagrosa como se salvó á su regreso de Constantinopla, y lleno de fé exclamó con gran fervor: *ostende Faciem tuam, Domine, et salvi erimus.* (1) Apenas había concluido de pronunciar estas palabras, un fuerte golpe de mar da al buque una violenta sacudida que derribó á cuantos no halló aperecidos, y Su Eminencia recibió al caer una fuerte contusión que le dejó desvanecido algunos momentos: un encendido relámpago brilló simultáneamente, como si el cielo se hubiera abierto sobre la cúpula del Monasterio de los Angeles que se destacaba á lo lejos entre un espeso bosque de pinos, á que acompañó el retum-

bar de un trueno prolongado que se oyó en la misma dirección; en tanto que una enorme oleada empujó con fuerza el bastimento hácia la costa, amenazando estrellarle contra las peñas....

Momentos después el capitán mandaba echar anclas, añadiendo: «nos hemos salvado.» En efecto, el barco había entrado en una pequeña ensenada que forma en la parte de Levante el cabo de las Huertas.

Su Eminencia entre tanto había vuelto en sí de su aturdimiento. El capitán que hasta entonces no había podido atenderle, obligado á permanecer fijo en su puesto por lo inminente del peligro, se acercó á él:

—¿Cómo os encontráis, Monseñor? Dispensadme que antes no os haya atendido.

—Habeis cumplido con vuestro deber, capitán; yo estoy ya bien. Decidme ¿dónde estamos?

—Frente á San Juan, Monseñor; el golpe de mar que os derribó y una fuerte oleada que siguió después, hizo entrar el barco en la rada, y aquí hemos anclado hasta que cese el temporal: el viento ha calmado y traen menos fuerza las olas.

—Demos gracias á Dios, capitán;—y el prelado se retiró á su camarote donde permaneció rezando largo rato.

Cuando la tempestad hubo cesado, el buque levó anclas y continuó su rumbo con viento favorable. Todos los tripulantes iban contentos como quien acaba de escapar de un grave peligro; solo Su Eminencia se mostraba reservado como quien se halla dominado de una idea que le preocupa poderosamente.

III.

Por entonces declaróse una horrible peste en Venecia que se cebó despiadadamente en sus habitantes durante muchos meses. Los venecianos que habían apurado ya todos los recursos sin que consiguieran mitigar los estragos de la epidemia, acudieron en súplica al Soberano Pontífice, á fin de que se dignara enviarles el *Sudario Bendito*, del que tantos prodigios habían oído, para implorar por su medio la clemencia divina. El Emmo. Cardenal á quien Mosén Pedro conoció en Alicante, fué quien, en calidad de albacea testamentario de Monseñor Isidoro, había entregado, á la muerte de éste, la Santa Reliquia á Sixto IV, en cuyo oratorio se conservaba. El Papa eligió, pues, á este mismo Prelado para que llevara tan sagrado objeto á los venecianos. Llamóle al efecto, y cuando Su Beatitud le hubo declarado la misión que pensaba confiarle, Su Eminencia permaneció perplejo y no respondió. Creyó Sixto IV que el motivo de aquella silenciosa negativa era temor de ir á la ciudad apastada, y se preparaba á reconvenirle, cuando el Cardenal rompió su silencio:

«Santísimo Padre, no el temor á la peste, sino motivos más altos me mueven á oponerme á la determinación de Vuestra Santidad. Oí á Monseñor Isidoro (q. s. g. h.) referir un sueño misterioso que tuvo tres días antes de morir, en que entendió ser voluntad divina que de este Santo Lienzo fuese depositario un pueblo situado en las costas de España. Yo mismo puedo referir un hecho que Vuestra Beatitud apreciará en su alta sabiduría. Al regresar de cumplir la misión que me confiasteis cerca de la Corte de aquel reino, nos sorprendió un deshecho temporal á poco de habernos alejado del puerto de Alicante. En el mayor peligro invoqué á la Divina Faz, recordando el portento obrado por Dios mediante ese Lienzo Bendito al regreso de Monseñor Isidoro de Constantinopla. Apenas concluí mi oración, el barco recibió un fuerte sacudimiento que á mí me hizo caer sin sentido, y durante mi letargo, que duró algunos minutos, parecióme ver abrirse los cielos y aparecer entre resplandores y con ruido de truenos este Santo Rostro, como apareció Dios en Sinaí. Un hombre postrado á lo lejos en una pequeña eminencia, pedía, como otro Moisés por su pueblo, *miserericordia* para nosotros. Cuando volví en mí, el barco concluía de dar fondo en una pequeña ensenada, el viento había calmado y las olas perdido su furia. Pregunté al capitán dónde nos hallábamos, y me contestó que frente á la costa de San Juan, pueblecillo de la jurisdicción de Alicante: era precisamente la patria de aquel cristiano español que salvó la Reliquia del poder de los infieles. El enlace de todas estas circunstancias me hace sospechar, Santísimo Padre, que hay en ello misterio y providencia.»

Guardó silencio el Papa como sorprendido por lo que acababa de oír, y después de meditar breve rato, resolvió enviar el Sudario á Venecia, pero con mandato expreso de devolución, encargando al Cardenal hacer cumplir lo mandado.

La Reliquia fué enviada á la ciudad del Adriático que la esperaba y recibió con ansia igual á la necesidad y aflicción con que la pedía, y conducida en manos del Patriarca en solemne y pública rogativa, la peste cesó al punto. Fácil es concebir el entusiasmo de los venecianos y la devoción, amor y gratitud que sentirían hácia aquella Divina Faz por

cuyo medio obraba Dios tales prodigios. ¿Cómo resignarse á devolver objeto semejante? Procuraron, pues, retenerlo y fueron aplazando su devolución hasta que el Papa, negándose á admitir nuevas dilaciones, envió allá al Cardenal, á quien había confiado este negocio, con orden terminante de traer á Roma el Lienzo Santo. Ya de vuelta el Prelado, sorprendióle en el camino la noticia de la muerte de Su Santidad, suceso que miró como providencial en cuanto se relacionaba con la veneranda Efigie, por lo que consultado el caso, resolvió guardarla en su oratorio.

IV.

No había trascurrido mucho tiempo de estos sucesos, cuando se le ocurrió á Mosén Pedro Mena ir á la capital del Orbe Católico para gestionar asuntos particulares que le interesaban, y desde luego pensó en aprovechar el valimiento del Cardenal que había conocido en Alicante. Presentóse, pues, á su Eminencia, quien recordando sus buenos oficios para con él á su paso por nuestra ciudad, no solamente le recibió con gran amabilidad, sino que le alojó en su palacio y le nombró su familiar por todo el tiempo que hubiera de permanecer en Roma. Fué la primera diligencia del Prelado al ver á Mosén Pedro, preguntarle por su buen tío Juan:

—¿Vive aún?

—Murió, Monseñor, hará unos cuatro años.

—¿Pobre Juan, Dios le tenga en eterno descanso! ¿Moriría como un santo?

—Murió cumpliendo religiosamente un voto que dos años antes había hecho por Vuestra Eminencia.

—¿Un voto por mí?

—Sí, Monseñor; cuando os hicisteis á la vela en Alicante, y poco después de haber doblado el cabo de las Huertas, se levantó aquel recio temporal que puso al barco en grave peligro de zozobrar, mi tío presenciaba desde una pequeña altura, próxima al pueblo, la lucha desesperada que hubo de sostener con las olas: lleno de ansiedad, pues había reconocido ser aquél el en que iba Vuestra Eminencia, seguía todos sus movimientos. Hubo un momento supremo de peligro, y entonces arrodillándose, invocó á la Divina Faz de Nuestro Redentor, de la que era singularmente devoto, é hizo promesa de ir allí todos los días á pedir *miserericordia* por los navegantes, promesa que cumplió fielmente hasta sus últimos días.»

El Cardenal había oído con interés y curiosidad, no libre de asombro, lo que acababa de referirle Mosén Pedro, recordando lo que por él había pasado durante el desvanecimiento que sufrió en aquella ocasión. Así es que cuando se retiró, fué á postrarse ante la Faz del Redentor, y oró pidiendo á Dios luz para entender de alguna manera lo que significaba aquel misterio, y que le declarase su voluntad acerca de la Santa Reliquia.

Entre tanto Mosén Pedro había ya terminado la gestión del negocio que le llevara á Roma, y recibido aviso de haber sido nombrado regente de la parroquia de San Juan, resolvió volver á su patria, y así lo manifestó á Su Eminencia. No se sabe si por el sentimiento que le causaba la separación de tan buen amigo ó por otra causa, ello es que el Cardenal se mostraba silencioso y preocupado en los días que precedieron á la marcha de su huésped. La víspera de la partida Su Eminencia se levantó muy temprano, y dejaba ver una preocupación interior, como si una idea fija le agitara: aquel día permaneció en el oratorio más tiempo que de costumbre, paseaba sin cesar por los corredores y galerías del palacio, se paraba y reflexionaba, salía y entraba en su gabinete.... No había pasado inadvertido el estado de inquietud de Su Eminencia á sus servidores y familiares, y uno de ellos hubo de preguntarle con interés si estaba enfermo.

«No—respondió;—pero tengo un grave motivo que me preocupa. Tiempo há que creo que ese Santo Sudario que guardo en el oratorio, tiene providencial destino, y muchas cosas han pasado que así lo dan á entender. Esta noche he soñado haber vuelto á España y que llevaba conmigo la Santa Reliquia, como talismán divino contra todos los peligros del viaje. Había tomado pasaje en Valencia para regresar á Roma; más un ángel se puso delante del barco, y agitando sus alas lo hacía marchar en dirección contraria, hasta llegar al punto mismo de la costa de Alicante en que en otra ocasión estuve á punto de naufragar. Allí el ángel cesó de batir las alas, y el barco se detuvo inmóvil. Sucedióse un silencio profundo de la naturaleza; y luego oí un canto misterioso que venía de tierra y decía: «Y ahora, Señor, te seguimos de todo corazón, y te tememos y buscamos tu Faz;» y después dejase oír una voz: «Esta es la generación de los que buscan la Faz del Dios de Jacob», «y no la apartaré de ellos», «y aquí el lugar que he elegido para mi morada». Y de pronto surgió un templo cuyo tabernáculo estaba vacío y el ángel se acercó á mí, y tomándome el Sudario de la Faz Divina, lo colocó en el tabernáculo; y al punto

(1) Manifiesta, Señor, tu Rostro y seremos salvos.

aparecieron multitud de santas vírgenes que la adoraban, y luego acudieron muchas gentes y todas decían: ¡misericordia! Yo quise unirme á la multitud y repetir la misma palabra, y desperté.»

Cuando esto hubo dicho, el Cardenal volvió á guardar silencio; después hizo retirar al familiar, y se dirigió al oratorio, donde permaneció orando largo rato. Cuando salió, dirigióse á su gabinete; é hizo llamar á Mosén Pedro.

—Os marchais?

—Monseñor, se me ha confiado el cuidado de un rebaño, y el pastor no debe permanecer alejado de sus ovejas.

—Bien, Pedro; os llevaréis un regalo que voy á hacer: tomad esta Santa Reliquia, —añadió entregándole un cofrecito de cedro en que iba encerrado el Sagrado Lienzo, —es la misma que vuestro buen tío Juan sacó de Constantinopla. Entiendo ser voluntad de Dios que sea vuestro pueblo el depositario de este inapreciable tesoro. Llevádo con vos, y sea él prenda segura de feliz arribo á vuestra patria.»

Pedro recibió con veneración el relicario, y después de dar las gracias á Su Eminencia, lo colocó en su equipaje.

V.

Había transcurrido ya algún tiempo del regreso de Mosén Pedro de Roma, y á nadie había manifestado el regalo que trajera. Esperaba poder construir un oratorio donde tener decorosamente la Santa Reliquia, y entretanto creyó conveniente tenerla guardada. Mas como las cosas que no se ven de continuo fácilmente se olvidan, Mosén Pedro llegó á olvidarse de que era poseedor de tan preciada joya, permitiéndolo Dios así para mejor manifestar su poder y bondad. Era un domingo de adviento, y el buen párroco estaba rezando el oficio divino: al leer en el versículo de *Tertia* las palabras «ostende Faciem tuam et salvi erimus», un secreto impulso le llevó al arca donde tenía guardado el Santo Sudario, el que halló extendido sobre la demás ropa que contenía el mueble, no obstante haber sido colocado en el fondo. Alguna extrañeza causó el hecho al buen sacerdote, pero no fué bastante á moverle á sacar de allí la Reliquia, y se hizo necesario que el suceso se repitiera por tercera vez. Despertando entonces Mosén Pedro de aquella especie de letargo, echóse á sí mismo en cara el poco aprecio que había hecho de aquel regalo de la Providencia, y juzgándose indigno de ser su depositario por más tiempo, lo llevó á la parroquia donde lo expuso al culto público.

Lo que desde este punto sucedió consignado está en las historias. Los votos de Juan se cumplieron: en el sitio en que invocó á la Santísima Faz por los navegantes y á donde iba diariamente á orar en los últimos años de su vida, lloró la Faz Divina una lágrima, y es el mismo lugar en que se levanta hoy el Monasterio de Santa Verónica, al que acuden los hijos de Alicante en sus necesidades á implorar la divina misericordia.

VICENTE CALATAYUD BONMATÍ.

PLEGARIA.

SEÑOR, pues son mis pecados
La causa de tus enojos,
Convierte en piedad tus iras
Hoy que á tus plantas los lloro.

No vengo á deshojar flores
Sobre el altar que es tu trono,
Ni á cantar himnos de gloria
Con alma y lábio devotos;

Vengo á beber en tu caliz
Tristezas, penas y oprobios;
Vengo á llorar en silencio
Con lágrimas en los ojos;

Vengo á besar la que un día
Quedó suspensa en tu Rostro,
Y á ceñir santa corona
De punzadores abrojos.

Quiero gustar tus dolores
Para sentir tu abandono;
Correr tus caminos quiero
Llevando mi cruz al hombro;

Verter de llanto y de sangre
Fecundísimos arroyos;
Gustar la hiel del sarcasmo
Mas pestilente que el lodo;

Víctima ser de traidores
Ebrios de rabia y de encono;
Ser sin piedad azotado
Por la venganza y el odio;

Callar veniva una cumbre
Con duras piedras por solio,
Donde mi cruz me levante
Sobre las cruces de todos.

Vida de amor es mi vida,
Y amo gozarla en Tí solo;
Vida que halle en los dolores
Regaladísimo gozo;

Que ame subir hasta el cielo
Del valle dejando el fondo;
Que á tus piés mire sus grillos
De flores marchitas rotos:

Que del mar burle del mundo
Los escondidos escollos,
Y alce á la región serena
Con místico afán su coro.

No á deshojar vengo flores,
Ni perfumados pimpollos,
Ni á derramar de mi numen
El prodigado tesoro,

Vengo á postrarme á tus plantas,
Y á hundir mi frente en el polvo,
Y á besar tu Faz divina,
Con beso de amor piadoso.

JUAN B. PASTOR AICART.

TRADICIONES

I

INFINITA é inagotable la misericordia de Dios, se extiende y manifiesta por todos los pueblos que le rinden justo y debido culto, era significándose en los prodigios que realiza por la intercesión de su benditísima Madre, la Reina de los Cielos, bajo las piadosas y tiernas advocaciones con que se la venera, ora por la celestial influencia de los que nos han precedido siendo acabados modelos de la virtud mas acrisolada, por cuyos merecimientos la Iglesia les ofrece y presenta á nuestra veneración, ya en fin por la superior excelencia de aquellos divinos objetos que, al recibir el contacto de Cristo Señor nuestro, quedaron dignificados y elevados en cierto modo á la naturaleza celestial que les comunicara el autor de todas las maravillas y el dispensador de todas las gracias.

No hay pueblo en la tierra donde se invoque el santo nombre de Dios que no cuente en el cielo con un poderoso intercesor que vele por su suerte y recabe del Altísimo las gracias y favores que le sean necesarios para su bien temporal y eterno, satisfaciendo la necesidad imperiosa que siente el hombre, y con él la humanidad entera, de creer, amar y esperar. Dichosos mil y mil veces aquellos que saben escoger el objeto de su amor; dichosos los pueblos que rechazando las sugestiones de la soberbia humana, se ven libres de los groseros errores del positivismo que alienta la vida moderna ó de las aberraciones en que incurre la razón cuando engraisada de sí misma pretende resolver todos los problemas que se ofrecen á la consideración del hombre, sin otro auxilio que las limitadas fuerzas que nacen de nuestra inteligencia.

Precisamente hay que creer en un orden sobrenatural, y esta creencia ha sido tan universalmente sentida que no existe pueblo en la tierra cuyos primeros orígenes no se pierdan en los arcanos de lo impenetrable, enorgullicándose todas las razas y todas las civilizaciones pasadas de proceder de un acto libérrimo de la divinidad, de muy distintas maneras concebida y forjada. del cual acto emana el vínculo de unión que establecieron entre la vida terrena y suprasensible. Los pueblos regenerados por la doctrina santa del Salvador que saben conservar la pureza de sus enseñanzas, tienen la dicha á ninguna otra comparable de haber recibido de sus divinos labios y poseer la única verdad que determina el lazo de unión de la criatura con su criador, y destruyendo las caducas y carcomidas supersticiones del mundo antiguo, así como la arrogante y ridícula petulancia de la independencia de la razón humana del mundo moderno, levantan sus ojos al cielo de donde todo lo reciben y todo lo esperan, y cifran su amor en el que, siendo autor de todas las cosas, es por consecuencia necesario dispensador de todos los bienes, y en los objetos que mas directamente á El los aproxima y conduce.

II.

Alicante, pueblo en cuyos hijos late la fé de sus mayores, que supo ofrecer héroes y mártires á la Religión del Crucificado, y que cuenta entre sus mas preciados timbres y el primero de sus blasones ser depositario de la Imagen del Salvador que cree estuvo en contacto con su propio original, no podía ser una excepción de aquella ley y á no serlo debe precisamente el alto honor y beneficio que con esto se sirviera Dios dispensarle, sin que sea dado á la razón humana penetrar en el por qué de tan relevante y señalado privilegio. El existe y en él cree el pueblo de Alicante á través de una tradición de cuatrocientos años nunca desmentida, siempre respetada y constantemente favorecida por una serie de hechos portentosos y sobrenaturales que llegan hasta nosotros; y ello por sí solo constituye un fundamento lógico de credibilidad y un criterio

racional de certeza, mientras no venga á ser destruido por otro más evidente, ó tanto, cuando menos, que lo contradiga.

Los altos designios de Dios son impenetrables, como impenetrables son los infinitos medios de que puede valerse para hacer brillar los efectos de su divina é incommensurable misericordia; y en esos designios y en esos medios plúgole arrancar de manos devastadoras del orden cristiano uno de los mas elecutentes testimonios de su amor á los hombres para que, con la injuria de los tiempos, sirviera de tabla de salvación á este pueblo, que si participa del enfriamiento religioso que caracteriza la época material y positivista en que vivimos, encuentra el tesoro de su fé que le vivifica, le alienta y le levanta en el inmenso amor que profesa á su Santa Faz bendita.

Por arcanos misteriosos, y procedente de Roma, vino á ser portador á esta comarca del Sagrado Lienzo que se cree ser el mismo que estuvo depositado en Jerusalem, un humildísimo sacerdote que, sin saber apreciar las excelencias de tan preciada joya, la recibió como prenda de cariño y gratitud de un eminentísimo Cardenal á quien había servido como familiar y á quien antes había conocido ya en España. Mosen Pedro Mena, que así se llamaba el humilde instrumento de la misericordia de Dios para con Alicante, regresó á su patria ya entrado el último tercio del siglo xv, trayendo consigo y envuelto en su equipaje el especial obsequio que había recibido de su antiguo señor, é inmediatamente marchó á hacerse cargo del curato del inmediato pueblo de San Juan, entonces de este término, que había obtenido y que motivó su regreso. De cómo la sagrada Reliquia pasó de Jerusalem á Roma y de como vino á quedar en poder del Cardenal aludido, nada se mienta aquí por ser objeto de otro trabajo inserto en el presente número.

El bueno de Mosen Pedro Mena no pudo comprender toda la excelitud y grandeza de la joya que, sin saberlo, atesoraba, y juzgándola una sencilla imagen del Salvador, sin otro especial mérito que su excesiva antigüedad, la guardó con esmero en el fondo de su arca, poniendo sobre ella toda la ropa de su uso. Algun tiempo transcurrió de esta suerte, acompañado de la mayor indiferencia, y al abrir un día el arca notó el Cura de San Juan que la imagen que había colocado en su fondo estaba extendida sobre toda la ropa. No dando proporciones al suceso, lo atribuyó á inconveniencia de mano extraña que se había permitido alterar el orden de sus cosas, y colocó de nuevo el Lienzo en el mismo lugar en que antes se encontraba. Segunda vez se produce el mismo hecho y segunda vez Mosen Pedro Mena lo atribuye á la misma causa, y vuelve á colocar la Imagen en el fondo del arca. Dios quería manifestar la grandeza de aquella Reliquia y tercera vez aparece como las dos anteriores, y ante la insistente repetición del suceso después de estar apercebidas y amonestadas las personas de la casa, Mosen Pedro Mena abre los ojos á la revelación que aquel portentoso significaba y lleno de sagrado horror y respeto, dice el P. Fabiani en su Disertación histórica sobre esta sagrada Reliquia, la reverencia y adora; y llorando el poco aprecio que hasta entonces de ella había hecho, determinó colocarla sobre una tabla y exponerla á la pública veneración de sus feligreses en la iglesia de su parroquia.

La fé, el entusiasmo y fervor que desde este momento sintió el P. Mena hacia aquel sagrado Lienzo, se comunicó bien pronto á todos los hijos del pueblo de San Juan que comenzaron muy luego á sentir los sobrenaturales efectos del culto y veneración de la Santísima Faz. La palabra persuasiva y entusiasta del párroco fué en un principio el resorte que moviera el corazón de aquellos fieles, que en breve tuvieron ocasión de convencerse por sí mismos de las maravillas de tan veneranda Imagen, con motivo del asalto de una partida de Moros que desembarcando en la playa inmediata, entraron á saco las casas del pueblo y la comarca y pretendieron abrir y descerrar el arca en que se había conservado la Santa Faz: no lo consiguieron á pesar de sus desesperados esfuerzos y llenos de asombro y de despecho la hundieron á golpes y cuchilladas que sirvieron para mas atestiguar este prodigioso suceso. El arca se conserva respetuosamente en la Iglesia de San Juan encerrada en el altar de la derecha de la capilla del Rosario y en ella se observan aun las huellas de los alfanjes moriscos.

III

La voluntad de Dios no se había manifestado aun por completo y era preciso que nuevos y más portentosos acontecimientos vinieran á demostrar que la misericordia divina destinaba aquella preciada joya para honra y gloria de la ciudad de Alicante, y consuelo y socorro de sus hijos en todas sus necesidades.

Corría el año 1489 y despediase el invierno dejando tras sí los efectos de una sequía tan tenaz, que la miseria y el espanto formaban el pavoroso porvenir de aquellas piadosas gentes pobladoras de la comarca y huerta de Alicante. Con motivo del santo tiempo de Cuaresma hallábase predicando en San Juan dos religiosos observantes de San Francisco, venidos del convento de Ntra. Sra. de los Angeles, donde hoy se conserva la ermita del mismo nombre, y plugo al cielo inspirar á Mosen Pedro Mena la felicísima idea de llevar en devota rogativa la Santa Faz desde la Iglesia de San Juan á la de dicho convento de los Angeles.

Comunicado el pensamiento á los vecinos del pueblo, á los del lugar de Muchamiel y á los de toda la comarca, fué acogido con entusiasmo, y se organizó la procesión el día 17 de Marzo de dicho año. El P. Mena cedió su puesto de honor á uno de los religiosos para poder ordenar y dirigir la mucha gente que había acudido á la procesión y la Sagrada Reliquia era llevada por el observante franciscano P. Villafranca. Ordenada tan piadosa comitiva, habla

cuadrado como un cuarto de legua, y después de haber pasado un pequeño barranco que se llamó y aun se llama de *Llocia*, el religioso que llevaba la Imagen del Salvador sintió tan enorme peso en los brazos, que le era imposible tenerlos en alto, y sintiéndose y sin movimiento en los pies, comenzó á dar voces y pedir socorro. En su auxilio acudieron con presteza el otro religioso y un sacerdote de Muchamiel, quienes hubieron de sostener por los brazos al P. Villafranca. Ante tan inesperada como extraordinaria novedad se detiene la procesión y las gentes rodean presurosas á los tres sacerdotes y antes de salir del estupor que les produce tal maravilla, observan y son testigos de otra mayor, pues dando algunos pasos el P. Villafranca y llegado á una pequeña altura después del barranco, vieron todos los presentes que del ojo derecho de la Sta. Faz salió una lágrima, que deteniéndose en la mejilla, creció de tal manera que no solo los que estaban inmediatos sino los más distantes y apartados pudieron verla y admirarla muy despacio. Ante espectáculo tan maravilloso prorrumpió aquella muchedumbre en gritos de admiración y lágrimas de arrepentimiento clamando á grandes voces ¡Misericordia!

Con la velocidad del relámpago y por medio misterioso é impenetrable cundió súbitamente por la ciudad la noticia de aquel portentoso, y ávida su autoridad de adquirir la justificación del hecho, envió un ministro de justicia para que por sí mismo lo testificase, al mismo tiempo que Mosen Pedro Mena despachaba otro hombre para que diera cuenta al magistrado del maravilloso suceso realizado. Ambos comisionados, rivales antiguos y encarnizados que se habían jurado mútua muerte, se encontraron en el camino, y comprendiendo su respectiva misión, vacilaron, viniendo á encontrarse el uno en los brazos del otro por secreto impulso del cielo, confundiendo sus emociones, sus lágrimas y su arrepentimiento. En el lugar en que esto ocurrió, al trasponer el cerro que separa á esta ciudad de su huerta, se levantó una cruz de madera que perpetuara su memoria y que ha existido hasta hace unos cuantos años con el nombre de la *Cruce de Fusta*. Los dueños hoy del lugar de su emplazamiento se proponen restablecerla, y fuera muy de estimar que así sucediera.

La serie de los portentosos hechos que la tradición refiere el 17 de Marzo de 1489, no terminan aquí. Entre las muchas gentes que acudieron á testificar por sí mismas tan portentoso suceso, se encontraba D. Guillén Pasqual, caballero de la nobleza de Alicante y dueño del lugar donde tales prodigios se desarrollaban, quien temeroso de ser víctima de una ilusión ó de un deslumbramiento de sus ojos, se atrevió á tocar con su dedo aquella preciosa lágrima, á cuyo contacto rebentó ésta en celestial líquido, con lo que quedó confirmado el milagro y de él dió testimonio D. Guillén toda su vida, de donde le vino el nombre de Pasqual de la Verónica, que trasmitió á su familia, y cuyo apellido ha llegado hasta nosotros entre los que ostenta la casa del Barón de Cortés. Añade la tradición que desde aquel momento D. Guillén Pasqual no quiso que el dedo que había rebentado la lágrima de la Santa Faz tocara cuerpo alguno, por lo que lo llevó cubierto hasta su muerte con un dedal de plata.

Estos acontecimientos dejaron atónito á aquel inmenso concurso, y según el P. Fabiani en su disertación más arriba mentada, la procesión de rogativa retrocedió á San Juan con la Reliquia, pero según Bandicho y Lopez, que también han escrito de estas cosas, la procesión siguió al convento de los Angeles. De uno ú otro modo, es lo cierto que gran parte del pueblo de Alicante acudió presuroso á ser testigo de maravilla tanta, y encontrándose los que de aquí marcharon con los que formaban la procesión de rogativa en el camino llamado del *Garbinet*.

¡Misericordia, Señor!
fué su saludo espontáneo;
y mil voces espitieron
¡Misericordia!!! llorando. (1)

IV

Ocho días más tarde de los sucesos que quedan reseñados, el 25 del mismo mes de Marzo de 1489, el pueblo entero de San Juan y sus cercanías se trasladó al Monasterio de los Angeles, bien llevando procesionalmente la Santa Reliquia, bien marchando en su busca á aquel santuario, al rededor del cual se apiñó también gran multitud de Alicante. Estaba encargado de predicar en esta ocasión el V. P. Fr. Benito de Valencia, conventual de aquel monasterio, varón de gran fama por su ciencia y santidad. La inmensidad del concurso atraído por las maravillas anteriormente ocurridas, hizo imposible se predicara en el templo, y para satisfacer la ansiedad de todos se puso una mesa ó púlpito portátil á la sombra de un antiguo y frondoso pino, cuyo tronco de más de veinte palmos ha permanecido allí hasta tiempos muy posteriores, y hoy, dividido en tres partes, se conserva una en la ermita de los Angeles, otra en el Monasterio de Santa Verónica ó Santa Faz, y la tercera la posee el Ayuntamiento de esta ciudad.

Predicó el V. Fr. Benito en presencia de la Sagrada Reliquia, decorosamente colocada, acerca de la gravedad del pecado y exhortó á verdadera penitencia, ponderando los medios de que Dios se vale para atraer á los pecadores, y refiriéndose en esto particularmente al Sagrado Lienzo, para más mover á sus oyentes lo tomó en sus manos. El día era sereno y ni una sola nube empañaba el despejado firmamento, cuando conmovido el auditorio y prorrumpiendo en gritos de perdón y misericordia vióse de repente aparecer negra y amenazadora nube, que llegando hasta tocar las extremidades de la copa del pino, llenó de

(1) Romancero de la Santa Faz.

terror y espanto á la apiñada muchedumbre. En breves momentos de terrible espanto y ferviente oración, se repiten los gritos de misericordia, y demandándola con gran fervor de la Faz Santísima Fr. Benito de Valencia, vése de pronto cambiar de aspecto aquella pavorosa nube, tomando la suavísima transparencia de los cielos, al mismo tiempo que se eleva el predicador con la Santa Faz en sus manos, á la altura de una pica sobre la mesa en que predicaba, al decir del P. Fabiani. En este momento de espectación indescriptible, la misma nube toma un carácter refulgente y esplendoroso y entre los resplandores que despide aparecen saturadas de luz, de hermosura y de belleza, otras dos *FACES* en un todo idénticas á la que en sus manos sostenía Fr. Benito. Desciende el santo predicador de su maravilloso raptó, bendice con el Sagrado Lienzo á la apiñada muchedumbre, la nube se divide en cuatro partes formando una cruz perfecta, y resuelve en benignísimo y celestial rocío que llena de alegría, de entusiasmo y de consuelo á todos los circunstantes.

Ocho días más tarde vuelven á reunirse en el mismo sitio todos los moradores de esta ciudad y de los lugares comarcanos, atraídos por la grandeza y excelcitud de aquellos prodigios. El P. Benito predica otra vez con el mismo fervor que antes y al terminar bendice al auditorio con la Santa Faz en forma de cruz, y vióse que al mismo tiempo se abrían los cielos formando otra cruz esplendorosa de grandes dimensiones, de colores tan vivos y variados que asemejaban y aun excedían á los del Arco-Iris.

Conjunto tal de prodigios y maravillas tantas produjeron el entusiasmo consiguiente y la municipalidad de Alicante, esto es, su antiguo Concejo, resolvió no desprenderse ya de tan preciosa joya, conservándola y custodiándola primero en el Monasterio de los Angeles, del que fué trasladada poco mas tarde al de Nuestra Señora de Gracia, de la misma orden, que se levantó en las inmediaciones de esta ciudad, y aun se conserva hoy dentro ya de su perímetro actual, aunque por la injuria de los tiempos convertido en cuartel, y solo la Iglesia continúa dedicada al culto de Dios.

Buscábase, sin embargo, el lugar más digno que sirviera de mansión para Reliquia de tanta estima. Fray Benito de Valencia, tras largas y meditadas oraciones manifestó ser la voluntad de Dios que se conservara en el mismo punto en que hiciera sus primeras manifestaciones de amor hácia este pueblo, esto es, el lugar en que lloró, levantando para ello una Iglesia y un Monasterio. El pueblo acogió la idea con entusiasmo y con su Concejo á la cabeza levantó el Monasterio en que hoy se custodia y conserva tan preciosa Reliquia. En un principio se entregó á los PP. Jerónimos, pero pocos años más tarde renunciaron á él y con gran satisfacción del pueblo se entregó á las Religiosas de Santa Clara, cuya primera comunidad la compusieron siete de estas vírgenes procedentes del convento de Gandía, las que tomaron posesión del que desde entonces se llama de la Verónica el día 17 de Julio de 1518, con tanto agrado y bendición de Dios que aquel plantel de virtud y santidad ha venido dando copiosos y abundantes frutos hasta el momento presente.

V

Esta es la historia que la tradición nos trasmite de nuestra santísima Reliquia. Su valor como testimonio de verdad es grande porque tiene en su abono la sucesión constante sin que en ningún tiempo se la haya contradicho. Pero hay más; las maravillas que hemos referido se hicieron constar en instrumento auténtico, por más que no haya llegado á nuestros días. Así lo convence el Doctor D. Pedro Maltés y es de notar lo fundada de su opinión apoyada en que en una de las lecciones del primitivo oficio concedido á estas Religiosas por el Pontífice San Pío V, en 1658, compuesto por el Religioso franciscano que instaló en Sta. Verónica las primeras monjas de esta orden, se leen estas palabras: "Refiero fielmente la historia de este misterio ó prodigio yo, que esto escribo, así, como lo leí en el auténtico instrumento que le estas cosas se hizo," cuyas palabras y la autoridad de quien les dice prueban la real existencia de dicho instrumento. Esto mismo afirma Fray Marcos de Lisboa, general de la orden de menores y después Obispo de Oporto, en el libro 7.º de sus *Crónicas Antiguas*, y el V. P. Fray Vicente Domenech, dominico, en su historia de los Santos de Cataluña, quienes al referir los portentos en que como instrumento de Dios fué parte ó intervino Fray Benito de Valencia, dicen uniformes y contextes: "y todas estas cosas están escritas y autenticadas en dicho Monasterio." Sostienen esta misma verdad Fray Francisco Gonzaga, en su Historia de la orden Seráfica en la provincia de Valencia y Fray Antonio Juan Andreu, en la del rescate del Santo Cristo de Santa Tecla de Valencia, y otros que sin variación depone acerca de los mismos milagros.

Por último, observa muy oportunamente el P. Fabiani, es muy digno de mención, que desde el año en que sucedieron los prodigios de la Sta. Faz, hasta el en que se compuso el mencionado rezo comprensivo de la narración de ellos, pasaron solos 35 años, tiempo en que vivirían muchos de los que fueron testigos de aquellos prodigios, y dada esta circunstancia y las cualidades del autor del rezo, no es de creer, ni de pensar, ni aun de presumir que escribiese cosas falsas.

Todo ello y la tradición no interrumpida de cuatrocientos años trae sobre nosotros el dulce consuelo de la racional fé de los alicantinos en su Santísima Faz como uno de los tres lienzos en que el Salvador del mundo dejó estampado su sacratísimo Rostro en la calle de Amargura. Los prodigios posteriores, frecuentes é incesantes de esta Sagrada Reliquia sobre el pueblo de Alicante robustecen nuestra convicción. Con ella vivimos y queremos morir y desde el fondo de nuestra alma exclamemos: ¡Perdón y

misericordia, Santísima Faz de Jesús! ¡Bendice ahora y siempre al pueblo de Alicante que quiere celebrar dignamente el Cuarto Centenario de tu primera manifestación en esta tierra!

EMILIO SENANTE.

SINITE PARVULOS

DEJAD á la infancia que es toda alegría:
No turbes sus gozos la duda sombría
Que allá en el Calvario por siempre vencí.
Su alma es mi alma, su dicha es la mía;
Dejad á los niños que vangan á mí.

Yo soy el sencillo y amante cordero
Que busca las mieles del tocco romero,
Que es todo pureza, que es todo candor,
Y preso con clavos á infame madero
Pregona muriendo misterios de amor.

Yo soy la inocente y herida paloma
Que vuela incesante del valle á la loma
Huyendo á las garras del águila audaz,
La que del olivo buscando el aroma
Lo lleva en el pico cual nuncio de paz.

Yo soy la inocencia, yo soy la alegría,
A mi voz brotaron la noche y el día,
la pálida luna y el vívido sol,
Sonó en los espacios celeste armonía,
Pintóse la aurora de suave arrebol.

Abrieron las flores sus tiernos capullos,
Cantaron las aves con lentos arrullos
Tu amor que nacía, su dicha sin fin,
Y los arroyuelos con dulces murmullos
Buscaron amantes del mar el confin.

Cual manto de seda oré el Océano
Inquieto, gigante audaz, soberano,
Que quiere orgulloso mis plantas besar
Y manda á los vientos con voz de tirano
Eleven sus olas al pié de mi altar.

Soy único Hijo del Padre severo,
Más vine á este mundo que olvida altanero
Mi amor acendrado, mi beso de paz,
Cual blanca paloma, cual pobre cordero,
Cual tímido armiño, cual débil rapaz.

¿Queréis á mi reino venir algún día,
Y tras, esta larga mortal agonía,
Gozar de las dichas eternas allí?
Copiad de la infancia la pura alegría;
Dejad que los niños se acerquen á mí.

LUIS CÁNOVAS

Alicante 26 de Mayo de 1889.

ALABANZAS DE JESÚS

sacadas de un códice aljamiado

Es la religión mahometana una mezcla informe de verdad y mentira, de moral rígida y de disolución. Leyendo el Corán se tropieza con muchos pasajes del antiguo y nuevo testamento, tan lastimosamente tratados en su parte histórica que llega su autor á confundir á Abraham con S. Joaquín y á María la hermana de Moisés con la madre de Jesús. Tres personajes se tratan en dicho libro con particular reverencia á Juan el Precursor, á María y á Jesús. En el Corán es María una virgen pura, sin mancilla, la más inocente; por obra de Dios concibe á Jesús, profeta del Señor, enviado al mundo para darle el Evangelio, verdadera ley, hasta que el mismo criador la derogase por medio de otro profeta que fué Mahoma. A este no le atribuye el Corán el poder de hacer milagros, á Jesús sí, que fué además continente y caritativo y lleno de merecimientos.

De un libro hace pocos años encontrado en un pueblo de la cuenca del Jalón, entresacamos un pasaje en el que un morisco aragonés consigna con escritura aljamiada las *Eclesias de Yce* ó sea Jesús, que trascribimos conformándonos con su ortografía. No es obstáculo á un moro su odio á los cristianos para consignar las alabanzas de Cristo, lo que debía servir de ejemplo á muchos católicos que niegan á su Dios. Dándonos también ejemplo, nunca pronuncian el nombre de Allah (Dios) sin que prorrumpan en su alabanza: en los Mss. aljamiados conservan estas palabras en árabe, como abajo se verá.

En estos Miss. que son del siglo XVI, se ven muchas palabras anticuadas, otras mal transcritas, y hasta algunas medio arábicas. Ancho campo abren estos libros á consideraciones religiosas, morales y hasta políticas y lingüísticas, que no es del caso explicar. Consideramos sin embargo preciso advertir á los profanos á estos estudios, que aquí *ibno* significa hijo; *jaramó*, echó fuera, holló; *arracas de almald*, ciertas inclinaciones en que se pronuncian palabras en honor de Dios; y que *repintencia* está por penitencia y *arrepirizo* por arrepentido.

Hé aquí el texto copiado exactamente:

Eçelencias de Yçe

Yçe ibno Mariam hizo todas las dedicações, que ninguno las hizo más chustas ni más rribtadas y guardadas. Jaramó todo deleite; enseñó ley nueva, dada por su criador; padeció tribulaciones; fué muy chusto; reperendia muy osadamente; atraía las chentes con milagros que hazía de parte de Allah (taguallah), que le dió muchas gracias por su santa retitud; fué chusto sin pecado; no hizo denuestos enta las chentes ni enta su criador; no tenía por qué hacer repintencia, porque no hizo pecado, que siempre era arrepirizo enta de Allah; tenía su chustificación tan abierta la carrera entre él y su criador, que no hizo sino arracarse con dos arracas de almaldá y demandaba por su menester y luego era fecho todo con chentes muy remotas, que eran á él misterios. Monestó á las chentes tres años monestación esplendida y por mandado de Allah (çobhenahó) se ausentó de las chentes y fué en los çielos aposentado, y quedó su doctrina enseñada á sus diçipulos. Este chusto no puede ser imitada su pureça; nunca alçó la mano sino para obrar de caridad, ó para serbir á su criador. Esta imitança podríamos tomar chusto y subiríamos á los çielos, y es que todos los pecadores pueden hazer parte de su imitança, aunque seamos entre chente remota. Será el Señor con nosotros si hazemos obras de merecimiento, despidiéndonos del mundo como este chusto se despidió de sus diçipulos, encomendando la monestación de su doctrina hasta que biniese el paráclito, fin de todos los precebtos, señalándoles el final chuiçio y postre- ra edad y sus señales. Y dixo á sus diçipulos: se- reis como las llubias del çielo, esparcidos por la tierra con la boç de mi padre, que son estos eban- xelios: no los rreboqueis en ningun tiempo, hasta que mi padre lo mande sea fincable: á todos los que quieren esta berdad, no los nuescas; ni supri- mas á los flacos ni á los grandes.»

Y sin embargo, los que creen de Jesús todo lo trascrito y lo tienen consignado en sus libros sa- grados, son los más refractarios del mundo á reci- bir la fé de ese mismo Jesús. ¡Cuánta verdad es, que las pasiones ciegan al hombre! El sensualis- mo, que cubre los ojos del mahometano, es el mis- mo vicio que en el cristiano seca las fuentes de su vida espiritual y le arrebató su fé.

ROQUE CHABAS

Cronista de la Provincia.

LA VOZ DE LUGENTUM

ROMANCE Á LA SANTÍSIMA FAZ

Cuando el Padre de las sombras
extiende el nocturno velo,
callan las aves del bosque,
cesa y enmudece el viento,
son enlutados gigantes
los montes que hasta los cielos
se levantan, y los troncos
parecen fantasmas negros;
cuando se pierde el sonido
de la campana á lo lejos,
corren la paz y quietud
parejas con el silencio,
brillan pálidas estrellas
en medio del firmamento,
y no hay mas luz en el mundo
que la lámpara del templo,
entonces por los espacios
vaga misterioso Genio,
con sus alas nos cobija,
guarda y vela nuestro sueño.
La tiernafy enamorada
voz del Numen protector
dice en la noche callada:
¡misericordia, Señor!

Si la tempe- ta,
como las fieras o,
cien rayos y en as costas
batallan los elem- s;
si desde la choza h milde
los labradores hambrientos
contemplan sin esperanza
cielo raso, campo seco,
flores y plantas marchitas,
árboles como esqueletos
y seres que piden pan
tristes lágrimas vertiendo;
si en la sangrienta y terrible
guerra con el extranjero
sin piedad nos amenazan
los horrores del asedio,
ó nos castiga la peste
segando vidas sin cuento,
y el corazón angustiado
no halla en la tierra consuelo,
la voz del Numen bendito,
herido por el dolor,
dice en formidable grito:
¡misericordia, Señor!

«¡Misericordia!», palabra
que de niños aprendemos,
palabra que á nuestro oido
llega cual suspiro tierno,
que nuestras almas heredan
como joya de alto precio,
pues de la fé viva y pura
nació de nuestros abuelos.
Nos la enseñó nuestra madre
cuando nos llevaba al pecho,
y la articula en las venas
la sangre de nuestro cuerpo;
élla es el himno de gloria
si en la batalla vencemos,
y élla en dias de amargura
dulce esperanza y consuelo.
Por eso, ya dulcemente
las alegrías probemos
ó en copa amarga bebamos
las heces del sufrimiento,
los que al abrigo vivimos
de este suelo seductor
á todas horas decimos:
¡misericordia Señor!

¡Refugio, faro amoroso,
fiel escudo, sacro Lienzo,
Reliquia bendita y santa
de nuestros cultos objeto!
Vidas, riquezas y honores
bajo tu amparo ponemos.
Para Tí son, Faz Divina,
nuestros palacios y templos,
de nuestro mar los murmurios,
de nuestras auras los ecos;
para Tí de nuestras vírgenes
las oraciones y ruegos,
del poeta los cantares,
del músico los acentos...
para Tí, para Tí sola,
para Tí vive tu pueblo:
cuanto esconde en sus entrañas,
cuanto palpita en su seno,
cuanto en él vive y germina
lleva el sello de tu amor...
¡protégenos, Faz Divina!
¡misericordia, Señor!

GENARO M. CALATAYUD.

EL ESCAPULARIO DE LA SANTA FAZ

ERA la deliciosa tarde del 27 de Abril de 1888.
Visitaba en compañía de un amigo, que por primera vez había venido á Alicante, una de las quintas que tanto abundan en esta hermosa huerta.
Gracias á la circunstancia de hallarse sus dueños a- sentes y á la amabilidad del mayordomo, que quizás adi- vino una propina, pudimos ver la casa, que con propiedad podríamos llamar palacio, después recorrimos el bellissimo jardín á la inglesa que lo circuye y mientras alabábamos el exquisito gusto de los dueños de aquel edén, llamó nuestra atención, hasta el punto de hacernos olvidar el objeto que allí nos condujera, una tiernísima escena que ocurría en la modesta casita que servía de habitación al labrador encargado de cultivar las parcelas destinadas á jardín.
Un penetrante grito, que lo mismo pudiera haber presa- giado una gran alegría que un gran dolor, nos hizo dirigir la vista hácia el sitio de donde había partido y vimos en la puerta de la casita del labrador un grupo formado por dos hombres y una mujer unidos en apretado abrazo.

El menor de los dos hombres que contaría 22 ó 23 años de edad, por su traje lleno de polvo y que era el caracte- rístico de los licenciados del ejército, nos hizo compren- der al instante que se trataba de la llegada á la casa de sus padres de un hijo que venía del servicio militar.

Atraídos por el deseo de tomar parte en la justificada dicha que experimentaba aquella modesta familia nos acer- camos al dichoso grupo que permanecía en silencio solo interrumpido por los sollozos y el ruido de los besos que en el rostro del hijo imprimía su madre.

Fuimos recibidos cariñosamente por el soldado y sus padres, les dimos la enhorabuena, nos hicieron sentar, y les habiéramos agraviado no aceptando una copa de rico vino de la huerta que nos ofrecieron.

Juan, que así se llamaba el soldado, preguntó por to- dos sus parientes y antiguos conocidos mientras descolga- ba de su cuello una vistosa cinta de raso de la que pendía un canuto de hoja de lata que entregó á su madre di- ciéndole: "Madre, guarde V. esto que es la licencia...". La dichosa madre miró con gran detención la ancha y capri- chosa cinta, despues el reluciente canuto que destapó, y aun cuando no sabía leer, sacó de él y desdobló con sumo cuidado el papel que contenía, exclamando á la vista de un gran escudo de armas con que estaba encabezado:

"¡Qué linda es!"

Juan se desabrochó los dos primeros botones de la cha- quetilla y sacando un viejo escapulario, lo besó y se lo entregó á su padre diciéndole: "Padre, he cumplido exacta- mente su encargo y él me ha librado de todo mal...". El padre lo besó á su vez y devolviéndoselo á su hijo, mientras una lágrima asomaba á sus ojos, díjole: "Guárdalo tú y si Dios te concede algun hijo y tiene que servir al Rey, el día que se vaya, no te olvides de ponérselo en el cuello haciéndole el mismo encargo que yo te hice á tí, que es el que á mí me hizo, al regármelo, la Abadesa el día que me marché al servicio...".

Mi amigo que se desespera cada vez que lee en un libro ó en un periódico algo que tienda á arrancar del co- razón de los hijos del pueblo la Santa Fé, porque, según él, con tales propagandas se pretende robar al pobre la úni- ca riqueza que posee, abrazó con entusiasmo al padre de Juan diciéndole: "Si todos los españoles tuvieran la fé que V. tiene y la inculcaran en sus hijos como V. lo ha hecho, fíjamente España sería la primera nación del mundo...".

El honrado campesino en señal de agradecimiento por las espontáneas frases de mi amigo, cogió de nuevo el es- capulario mostrándonos su gastado lienzo manchado de sangre el cual tenía impresa, aunque muy borrada la Faz de nuestro Divino Redentor y nos dijo: "Estas gotas de sangre que brotaron del corazón de mi primo Antonio, en el campo de batalla, me recuerdan el día más horroso de mi vida y uno de los más gloriosos de nuestra pá- tria, en cuyo día me salvé de una muerte segura gracias á un milagro obrado por este Santo escapulario de la Faz Divina...".

Escitada mi curiosidad le pedí que, si no le había de causar gran molestia, nos contara el episodio á que se había referido, y él complaciente con nosotros, empezó su relato:

—Me tocó la suerte de soldado el año 57: y el día que me marché al servicio mi Santa madre (Dios la tenga en Gloria) que siempre que podía llevaba algunas frutas y hortalizas al convento de la Santa Faz, me acompañó para que me despidiera de la Abadesa, la que me regaló este bendito escapulario, encargándome que me lo colgara del cuello y que le rezara diariamente un Credo.

Prometí así hacerlo y aun no he faltado á mi promesa. Di el último abrazo á mi madre y me marché á Alicante. Fui destinado al Regimiento de Córdoba, que estaba de guarnición en Madrid, me afiliaron en la segunda compa- ñía del primer Batallón, de la que casualmente era cabo un primo mio que servía desde el año anterior y á quien yo quería y él á mí como á un hermano. Se llamaba An- tonio Gozalbez.

Nada que merezca contarse me ocurrió durante mi vida de militar, pues obediente siempre á las órdenes de mis superiores, no recuerdo haber sido nunca castigado ni si- quiera reprendido; mi primo Antonio era mi inmediato jefe y mi consejero; con él salía á paseo y con él tenía el des- ahogo de hablar de la familia y de los amigos que habia- mos dejado en esta huerta.

Mi regimiento fué destinado á la guerra de Africa for- mando parte del segundo cuerpo de ejército que mandaba el General Zavala.

Tomamos parte en varias acciones yendo siempre de victoria en victoria y sin que me ocurriera cosa notable hasta que llegó el día primero de Enero de 1860... ¡Qué día aquel!

Nuestro narrador suspendió su relación, llenó de nuevo las copas, encendimos un cigarro y continuó:

Aquel día como Vs. habrán leído se dió la gran batalla de los Castillejos.

Empezó al amanecer y terminó despues de puesto el sol. La división que mandaba el General Prim hizo lo que no es posible que haga otro cuerpo de ejército del mundo. Comenzó la batalla creyendo todos que se trataba de un sencillo y fácil movimiento para apoderarnos de unos montes desde los cuales se podía estorbar la marcha del ejército por el camino de Tetuan en el Valle de los Casti- llejos.

Serían las ocho de la mañana cuando la vanguardia de las fuerzas mandadas por Prim llegó á aquella altura despues de un pequeño tiroteo.

En muy poco tiempo se reunieron en las colinas inmedia- tas un número de moros lo menos diez veces mayor que las fuerzas españolas y bien porque creyeran fácilmente vencernos ó por que comprendieran la importancia de la posición que se les acababa de conquistar cargaron como furias cuatro veces sobre nuestros soldados, pero fueron siempre rechazados.

El General en Jefe viendo que, ya dueños de aquel monte, era fácil llegar á la colina y casa del *Morabito*, posición mucho mejor que la conquistada, manda al General Prim que tome la una y otra, mientras nosotros, esto es, la primera brigada del segundo cuerpo de ejército arrojá- bamos á los moros del bosque.

Esta operación quedó terminada en pocos instantes, y los moros ni se oían ni se veían por ninguna parte.

Parecía que había terminado la acción, pero pasada una media hora aparecen en una loma enfrente del *Morabito* los tenaces marroquíes en innumerable multitud. Creyeron sin duda podernos dominar por el número y se atrevieron á bajar á la llanura en actitud de atacarnos frente á frente y á cuerpo descubierto.

El General Prim mandó adelantar á los dos escuadrones de húsares de la Princesa, que se portaron como héroes, para contener á la caballería africana, mientras que la infantería rechazaba aquella inmensa masa de salvajes que parecía querer atemorizarnos con sus feroces gritos que semejabán rugidos de fieras.

El resultado de esta parte de la batalla fué apoderarnos de todo el valle de los Castillejos y de las colinas que ocupaban antes los moros desde las cuales se divisaba el campamento enemigo.

El General Prim elegía las mejores posiciones para atrincherarse, pues su cuerpo de ejército había sufrido innumerables bajas y los que quedaban estaban rendidos por el cansancio; los moros se replegaron todos en el campamento aumentándose con las feroces hordas de *Anghera*. Bien pronto se convenció el conde de Reus por los preparativos y actitud del ejército marroquí que, únicamente apoderándose de su campamento, terminaría la batalla, pero solo contaba con mermados y fatigados batallones con los que no podía intentar sino contener al enemigo, y con este objeto, empezó de nuevo á hacer fuego un batallón del Príncipe.

O'Donnell que desde *Morabito* seguía paso á paso los incidentes de la batalla mandó que mi Regimiento que pertenecía al cuerpo de ejército que mandaba *Zabala* fuese á reforzar el que mandaba Prim, quien al poder disponer del Regimiento de Córdoba se creyó con fuerza suficiente para realizar la arriesgada empresa que en su mente venía acariciando.

El General nos manda soltar las mochilas, se pone á la cabeza de mi batallón é intentamos un ataque para contener al ejército marroquí que amenazaba destruir los restos del batallón que defendían las trincheras: fuimos rechazados hasta tres veces sin conseguir nuestro intento, pero llega el horroroso momento, los moros avanzan cada vez más, y Prim coge de las manos del abanderado el estandarte de mi batallón diciendo de un modo imposible de imitar:

Soldados! Vosotros podeis abandonar vuestras mochilas, porque son vuestras; pero no podeis abandonar esta bandera porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo á vuestro General? Soldados... ¡Viva la Reina!

Clava las espuelas al caballo, y sin reparar en si le seguimos ó no, se mete en medio del feroz ejército enemigo.

Los batallones de Córdoba detrás del General y en medio de una espesa lluvia de balas se entregan con el mayor entusiasmo á una muerte segura en defensa de la patria...

Cae el soldado que corría delante de mí en dirección al campamento enemigo, tropiezo yo con su cuerpo y caigo también, y al levantarme, aun estaba de rodillas, reconocí en él á mi desgraciado primo. ¿Qué es? le pregunté... Me muere... ¡Misericordia Santísima Faz!... dijo y espiró. Mientras tanto había cogido y besaba este Santo escapulario que por la abertura que media entre dos botones del chopo había salido de mi pecho y desde entonces están en él impresas estas manchas de sangre.

Como nada podía hacer ya por Antonio, me levanté; y el campo en mis alrededores estaba sembrado de cadáveres.

Los lamentos de los que perecían, los espantosos gritos de los marroquíes, las cornetas tocando ataque, el humo, el olor á pólvora y una descarga á quema ropa que me hizo un pelotón de moros, todo me arrastró á embestir contra ellos como una fiera, y después de una lucha encarnizada y cruel fui preso de un desvanecimiento y... no he podido recordar más.

Al oscurecer volví en mí y me hallé sentado en una piedra, cerca de lo que antes era campamento de los moros y que estaba ya en poder nuestro. Había perdido el ros, mi poncho estaba agujereado por varios sitios, las manos y el fusil estaban llenos de sangre, y al verme en aquel estado y preguntarme á mí mismo: ¿Quién me ha traído aquí? El viento se encargó de contestarme llevándome á mis labios este santo escapulario que, sin saber como, llevaba por fuera del poncho.

ENRIQUE FERRÉ.

A LA SANTÍSIMA FAZ

DE

CRISTO NUESTRO SEÑOR.

ROMANCE.

SANTÍSIMA Faz de Cristo
Que impresa tu amor dejó
En el lienzo de Verónica,
Traspasado de dolor:
Lirio del valle que brotas

De un su... to y feroz,
Agotand... argura
Para end... s mejor.
Imágen fi... acabada
Que al natu... al traslado
Los ultrajes y tormentos
De tu sangrienta pasión:
¿Quién al verte conociera
Que eras tú aquel mismo Dios
Que afable, dulce y benigno
Por este mundo pasó
Derramando á manos llenas
El consuelo y el perdón,
Y pendiente de tus labios
Llevabas al pueblo en pos?
¿Quién en Tí reconociera
De tu Padre el esplendor,
Ni la expresión bondadosa.
Que tu Madre en Tí imprimió?
¿Quién al Hijo del Altísimo,
Cuyo rostro al mismo sol
Eclipsara con sus luces
En la cima del Tabor?
¿Quién á la gloria del cielo?
¿Quién al rey de la creación
Por quien cruzan los espacios
En curso raud y veloz,
Cantando sus alabanzas
Los astros con su fulgor?...
Solo el alma te comprende,
El alma que te ofendió
Y su culpa castigada
Contempla en su Redentor:
Que nunca, aunque malo, el hijo
Al padre desconoció.
Te ven los ojos cubierto
De polvo, sangre y sudor,
Por el tiempo ennegrecido
Y en lastimosa afición;
Pero al través de esa nube
Que tu belleza encubrió,
Descubre el alma al valiente
Y esforzado campeón
Que cargado de despojos
Se presenta vencedor,
Desplegando la bandera
De la humana redención.
Conoce el amante pecho
Que tus dulzuras probó,
Tu presencia en los latidos
Que apresura el corazón.
Y en el fuego que despide
Ese piélago de amor
En que se funden las almas
Como el oro en el crisol,
Y por un secreto impulso,
Cuya fuerza de atracción
Siente el amante á la vista
Del ser que le cautivó,
Van llegando á tus altares
Aspirando el suave olor
De tu virtud y tu gracia
Y dulce consolación,
Los amantes corazones
Que á sí tu piedad llamó,
Y postrándose de hinojos
Te rinden adoración.
A Tí acude la doncella
Confada y sin rubor.
Y te descubre el secreto
Que á ninguno reveló;
A Tí la madre afligida,
Y el anciano, y el varón,
Y el guerrero, y el marino,
El justo y el pecador;
Y anudada la garganta
Y oprimido el corazón
¡Misericordia! te dicen,
¡Misericordia, Señor!
Y la sienten abundante
Al ver que tu Faz lloró
Juntando con nuestras lágrimas
Las tuyas de gran valor,
Así crecen los afectos
Que sentimos hácia Vos,
Sagrada Imagen de Cristo
Y prenda de salvación.
Que en este valle de lágrimas
Siempre en lazo estrecho unió
A los míseros mortales,
Más que el placer, el dolor.
Santísima Faz Divina,
Que impresa tu amor dejó
En un lienzo que es el blanco
De la fé de un pueblo hoy.
Cuatro siglos há que vieron
Con pasmosa admiración
Nuestros padres los efectos
De tu influjo bienhechor.

Cuatro siglos que eres lábaro
Que á la victoria llevó,
Y alientas á las almas,
Salud al cuerpo y vigor.
Por Tí fecunda la tierra
Calcinada por el sol
La fresca, abundosa lluvia,
Y la cubre de verdor;
Por tí el ponzoñoso ambiente
Que á mil víctimas hirió
Se purifica al perfume
Que exhalas con tu dulzor;
Y al corazón que en silencio
Devora el tormento atroz
De la conciencia culpada,
Das la paz con tu perdón.
Tu imagen lleva en el pecho
Quien la luz del día vió
En nuestras playas, y crece
Al amparo de tu amor.
Tú cubriste la armadura
De más de un fuerte infanzón
Que en las aguas de Lepanto
Con gloria al Turco venció;
A Tí Fernández de Mesa
Invocaba con fervor
Cuando en Cadiz salió á nado
El pabellón español;
Por tí el inclito Quijano
Ruda batalla libró
Con el asiático huesped,
Hasta vencer su furor.
Así Alicante te aclama
Y alza en alto cual pendón
De su fé, de su esperanza
Y de su dicha mayor.
Tú decoras la morada
Del rico y hombre de pró,
Y la mísera cabaña
Del humilde pescador,
Y en calles, plazas y templos
Te invocan con santa unción,
A la luz del blanco cirio
Y del modesto farol.
Y al contemplarte en las manos
Del ministro del Señor
Trazando sobre nosotros
La señal de redención,
Un grito hiende los aires,
Entusiasta, atronador,
¡Misericordia! exclamando
Todo labio y toda voz.

MARIANO A. MINGOT.

LA MEJOR ARMA LA FÉ

CONOCIDAS son las vejaciones de todo género que desde parte de los piratas argelinos sufrían en otros tiempos los pueblos de nuestra hermosa huerta, que con frecuencia eran teatro de sus correrías, y vieron á sus hijos ser conducidos cautivos á las costas de Africa, donde eran vendidos, si las familias no se apresuraban á rescatarlos. Uno de los corsarios que con más frecuencia infestaban esta comarca, era el sanguinario *Dragut* cuya rapacería nada perdonaba; personas, armas, géneros, alhajas, dinero, vasos sagrados, animales, todo cuanto encontraba á su paso era presa de su rapiña.

Vamos pues á relatar uno de estos desembarcos, relacionado con la historia de la Santísima Faz, cuyo caserío fué en aquel entonces depredado por el bárbaro:

Era el 24 de Mayo de 1550, día que había amanecido apacible y sereno cual puede ser uno de los mejores del mes de las flores; los vecinos transitaban en busca de sus trabajos diarios, cuando el vigía de la costa les avisó el inminente peligro que sus casas é intereses corrían. Las naves del terrible corsario aparecían en lontananza y el desembarco no debía hacerse esperar; al primer aviso del vigía respondieron las campanas del convento de la Verónica y de San Juan aperebiendo á los vecinos á la defensa; efectivamente, aún no habían trascurrido dos horas del aviso cuando ya los feroces berberiscos invadían la arena de la playa, desembarcando hombres y caballos con los que debían entrar á saco las viviendas de los pacíficos moradores de toda la huerta.

El desembarco se efectuó por el sitio denominada la *Albufereta*, en donde debían encontrar menos resistencia, como así sucedió. El primer ímpetu lo recibió el caserío de Santa Faz, en el que cometieron todo género de iniquidades, pudiéndose salvar sus moradores por haberse refugiado en el Convento, desde cuya torre se de-

fendieron con ayuda de armas y de buenos pedernales que para estos casos tenían preparados, y que en muchas ocasiones habían salvado á las religiosas de las rapiñas y profanaciones de los moriscos.

Cuando hubieron consumado sus vandálicos actos en dicho caserío y las haciendas de su alrededor, siguieron su triunfal marcha hacia el pueblo de San Juan que prevenido y amparado por las siete torres que le defendían, en donde se habían refugiado todos sus vecinos después de esconder en parte segura los efectos de más valor de sus viviendas, se apercibieron á la defensa, consiguiendo después de un pequeño combate salvar sus vidas y haciendas del furor de aquella manada de feroces lobos, cayendo no obstante en poder de tan terrible enemigo nueve cautivos y no pocos intereses.

No escarmentados con la tenaz resistencia que habían encontrado en San Juan siguieron su devastadora correría hacia el pueblo de Muchamiel, en el que apesar de estar apercibidos sus vecinos y Concejo á la defensa, careciendo de los recursos de las torres como en San Juan, se ampararon de la santa casa del Señor, desde donde procuraron defenderse con las grandes armas de la religión, ya que carecían de otros medios.

La primera embestida de tan feroces hordas la sufrió la calle Nueva por donde hicieron su entrada encontrándola completamente abandonada; siguieron internándose en la población hasta llegar á la plaza de la Iglesia en donde encontraron á todo el pueblo reunido pidiendo al Señor con grandes preces les librara de tan terrible enemigo.

Al frente de sus feligreses se encontraba el esforzado Mosen Guillen Perez de Benetia, que entonces regentaba el curato de este pueblo, modelo de virtudes que había heredado de sus mayores y dotado de un espíritu fuerte y atrevido. Al desembocar los moros en la plaza se encontraron con la procesión que había organizado dicho Sacerdote con el fin de oponerse á la invasión, y que ya se encontraban en marcha en busca del enemigo, llevando Mosen Perez el Santísimo Sacramento sobre su pecho en un relicario, y en la mano una soga de esparto por toda defensa. Al encontrarse los moros con tan extraña resistencia, en la que llevaba la demanda el inmenso poderío de Dios, obróse un patente milagro: un súbito é inexplicable espanto se apoderó de sus ánimos, y de repente retrocedieron aterrados, volviendo las espaldas y dándose á huir impelidos por un pánico incomprendible cegados por los misteriosos resplandores que parecía irradiar la Sacrosanta Forma.

No pudiendo resistir los feroces argelinos tan rara manera de defenderse, y viendo y admirando al pueblo movido de tan viva fé, emprendieron una precipitada retirada siguiéndoles el intrépido Mosen Perez tan de cerca, que es fama que con un lanzón que había tomado de manos de uno de sus feligreses la emprendió á palos con aquella chusma afeándoles con palabras duras su miserable proceder y consiguiendo echarles de la población y su término sin que consiguiesen robar nada ni hacer ningún cautivo.

Así consiguió Mosen Perez salvar á su pueblo de los estragos que podían haber cometido los moros al mando de su terrible jefe Dragut que con solo el poder de la inmensa fé que abrasaba todos los corazones y amparados por el Santísimo Sacramento consiguieron una completa victoria sobre tan terrible enemigo.

MANUEL RICO.

A LA SANTÍSIMA FAZ

CANTINELA

AUREA cadena
de nuestra historia,
sagrado escudo,
timbre de gloria,
donde se juntan
nuestros honores,
Reliquia Santa
de mis mayores,
que dulcificas las amarguras
del que sin norte camina errante,
naciente estrella de luces puras
Sol de Alicante.

Cual los jilgueros
buscando abrigo
por la enramada
del valle amigo,
como el arroyo
que entre juncas
repose y centro
busca en los mares,
así mi alma corriendo ansiosa
busca en tu rostro cariño Santo:
¡cúbrela al punto, Faz amorosa,
bajo tu manto!

Tú que eres siempre
del pobre amparo,
del alma cielo
bendito faro,
de los que te aman
nido de amores,
y suave nectar
en los dolores,
de los que sufren males prolijos,
dale á tu pueblo paz y concordia;
¡Santa Reliquia, ten de tus hijos
misericordia!

ROSENDO CALATAYUD.

SUCINTA NOTICIA DE LA DEVOTA IMAGEN

DE

NTRA. SRA. DE LOS ÁNGELES

EL Monasterio de Nuestra Señora de Gracia ó de los Angeles, como lo llamaban también, fué teatro de los prodigios que la tradición refiere de la Santísima Faz, y así es muy oportuno dar algunas noticias de aquel célebre Monasterio, las cuales copiamos de la *Disertación sobre la Santísima Faz*, del Padre Fabiani:

“Nadie ignora, que cuando permitió Dios que los moros inundasen á España con una avenida tan furiosa, y tan rápida, que en solo tres años la ocuparon casi toda, los cristianos se aplicaron á salvar con el cuidado posible las Sagradas Imágenes. especialmente de Nuestra Señora, librándolas de la irreverencia y desacato de los moros con esconderlas ó enterrarlas, ó en los mismos sitios en donde se veneraban, ó en otra parte, si la furia y rapidez de los moros les daba tiempo para ello.

Así lo practicaron los que entonces habitaban en Alicante con esta Santa Imagen, que es muy hermosa y se vé pintada sobre una tabla, que tendrá tres palmas y medio de alto, y dos y medio de ancho. La figura de la Virgen es de medio cuerpo (como lo estilaban regularmente los antiguos con las Imágenes de Cristo, de la Virgen y de otros Santos.) Tiene á Jesus Niño en los brazos, asegurado en la mano izquierda, y la cara inclinada hacia el Niño, en acción de acariciarlo dulcemente. Los ojos grandes, vivos, pero modestísimos; y en tal postura, que miran fijamente á quien de cualquiera parte la mire.

Esta Imagen se veneraba, sin duda, en el mismo lugar en donde al presente se reverencia, dentro de alguna hermita, fabricada en la eminencia de un montecico ó colina que dista un cuarto de legua de esta ciudad á la parte de Tramontana. Por tanto, temiéndose los cristianos de la impiedad de los moros, determinaron esconderla en el mismo lugar, con la esperanza de que pasaría presto la furia de esta tormenta, y podrían tener en breve este consuelo á su vista.

Mas como la estación y permanencia de los moros fué tan larga, como todos saben, murieron aquellos afligidísimos cristianos, murieron sus hijos y nietos; y entre tanto se perdió el pequeño edificio con su Iglesia; crecieron los pinos y maleza en el monte, y se borró de la memoria de todos este Sagrado Tesoro. Pero después, que el rey don Jaime, con la asistencia de Dios y con la especial devoción que tuvo á la Santísima Virgen María, arrojó á los moros de este reino, y particularmente de Alicante; mientras que un pobre leñero (no se sabe en qué año) vá cortando ramas de los pinos en dicha colina, y desmonta la maleza para formar sus cargas de leña, descubre este cuadro, y lleno de júbilo y alborozo se vino á la ciudad á dar aviso del afortunado hallazgo.

Al punto acudieron muchas personas eclesiásticas y de todos estados, las cuales después de haber reverenciado la Imagen, advirtieron que tenía una mancha morada en la mejilla derecha, la que al presente se vé, y algunos días de color más subido y casi sanguinolento. Se cree que fué el golpe del Azadón, con que inadvertidamente hirió el Rostro de la Virgen el leñero, mientras golpeaba las matas. Presto se formó allí mismo una ermita, á espensas de la devoción de los fieles, en la cual se colocó esta Santa Imagen, y por su medio lograron siempre muchos beneficios y favores los devotos.

Así permaneció hasta los años de 1440 en que el rey don Alonso de Aragón, con particular concesión, que obtuvo de Eugenio IV, Sumo Pontífice, se erigió esta Ermita en Iglesia y convento de religiosísimos Padres Observantes de San Francisco, y en él vivieron muchos años los religiosos con grande edificación de los fieles, viviendo una vida como de angeles en la tierra, bajo el amparo y

protección de la Purísima Virgen María, Señora y Reina de los angeles y de los hombres.

Mas habiendo mudado de sitio los religiosos, acercándose más á las puertas de la ciudad, para ejercitar con mayor inmediación su caridad y celo en bien de las almas trasladaron al nuevo convento todas las reliquias que tenían en el antiguo, los ornamentos sagrados, y particularmente esta prodigiosa Imagen. Pero como la voluntad de Dios era de que esta efigie de su Santísima Madre se venerase en aquel primitivo lugar, y no en otro, dispuso, que en aquella misma noche se restituyese por manos de angeles, al mismo nicho ó Iglesia del Montecico.

Entretanto no se cuidaron mucho, según parece, de la habitación y casa, que quedó vacía con la traslación de los religiosos, con que los pastores, que en aquellas cercanías apacentaban sus ganados, se servían de claustro y Huerto para recogerlos y encerrarlos por la noche. Más el Señor, que tanto cela el honor y respeto á su Madre María y á sus Imágenes, castigó visiblemente inadvertencia y rusticidad indevota, porque los ganados comenzaron á padecer una especie de lepra ó sea sarna, que les incomodó mucho, y advirtió á los pastores su poca atención y respeto.

Por esto dispusieron los Religiosos que de allí en adelante quedase á su cuidado la Casa, ó Iglesia, ordenándola en Hospicio, y constituyendo á un Religioso Sacerdote, y Confesor, que fuese Presidente, dándole un Lego para compañero y Limosnero. Y con bastante frecuencia se suele ver allí algunos de los Religiosos Ancianos, que con licencia de sus Superiores, se retiran para servir á la Virgen en aquel Santo Hospicio, y acabar sus días en Beatífica soledad.

Es la invocación de esta Santa Imagen: *Nuestra Señora de los Angeles*, así por lo que hemos dicho de haber sido restituida por su ministerio, cuando los Religiosos se la trajeron al nuevo Convento; y ya por la tradición, que hay, de que en muchos Sábados del año, se veía por la noche una como Procesión de luces que comenzando su marcha desde la Hermita de Santa Ana, que años pasados estaba sobre otro Montecico cerca del Mar, venía á parar en esta ermita de Nuestra Señora, que está en frente de la de Santa Ana. Atestiguó haber visto esta Procesión muchas veces, Bartolomé Venrell, hombre de mucha sencillez, de mucha verdad y de muy buenas costumbres. Lo mismo afirmó Catalina Marco, muger de Juan Sirera, y D. Bartolomé Juan, que para ser testigo de vista, se quedó algunos Sábados en la Granja de Benisudet, donde vivía Catalina Marco.

Todos los años se celebra Fiesta Solemne en dicha Iglesia en el día dos de Agosto, y concurre mucha gente, no solo del contorno, mas también de la Ciudad, para ganar allí el Jubileo de la Porciuncula, concedido, no solo por lo general, á todas las Iglesias de los Religiosos de San Francisco, mas tambien por Breve particular de Urbano VIII.

Fuera de esto, entreaño es bastantemente frecuentado este Santuario, así por las circunstancias de la Imagen de Nuestra Señora, como por los Prodigios de la Santa Faz, y el celebrado, maravilloso Tronco del Pino, según hemos dicho en esta Disertación. Pero particularmente en los Viérnes de la Cuaresma, se forma una devota, numerosa Procesión, que saliendo del Convento de San Francisco, dirigida por sus Religiosos, va á la mencionada Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, cantando devotos, sagrados Motetes, hasta que se encuentra la primera Estación de los Pasos de la *Via Crucis*. Y desde aquí se comienza la meditación de la Pasión de Cristo, haciendo las acostumbradas Estaciones: en llegando á la Iglesia se concluye con una fervorosa plática, y se recoge no pequeño fruto espiritual de una función tan santa y provechosa: para lo cual conduce mucho la viva fé, y confianza con que se invoca el amparo, y protección de la Madre de Misericordia, por medio de esta su devotísima admirable Imagen de María.

Hasta aquí la relación del P. Fabiani.

“La villa de Alicante, añade la crónica del Sr. Viravens, aclamó por su Patrona á la Virgen con aquel título, y en el Pendón Real, que en los actos públicos usaba el Concejo, aparecía una copia de tan bella imagen, sostenida por grupos de angeles; todo delicadamente bordado en seda y oro sobre tela de damasco carmesí.”

Del antiguo Monasterio sólo hoy quedan ruinas. Junto al cerro hizo construir el Sr. Obispo D. Felix Herrero Valverde una ermita, que bendijo el mismo en 1851, en la cual se venera la devota imagen de Ntra. Sra. de los Angeles, donde hace un año la tienen á su cuidado las hermanas Oblatas que están fundando un asilo de su instituto junto á la misma.

LA ESPERANZA

QUAL ofrece la hermosa primavera
Ricos perfumes de fragantes flores
Y entonan los alegres ruiseñores
Sus cánticos de amor en la pradera,
La sublime virtud que regenera.
El bálsamo de todos los dolores,
Pinta al alma con mágicos colores
El bello galardón que al justo espera.
Siempre la triste aparéciese propicia
Como el iris de paz en lontananza;
Y tan luego presente en su justicia.

Que fáltale á un mortal la confianza,
De su amor con los rayos, le acaricia,
Jubilosa gritándole, "¡Esperanza!"

L A F É

DIVINA inspiración! ¡Astro precioso,
Cuyo disco radian'e y soberano,
De la Suma verdad muestra al cristiano
El sendero más recto, si escabroso!
¡Potente talismán! ¡Faro grandioso
Del que rige los orbes con su mano,
Y al genio le descubre el nuevo arcano.
Que oculta ténue velo misterioso!
¡Paso al fúlgido sol que inspira al vate!
¡A la antorcha bendita de la Gloria!
¡Luz que del mártir en la frente brilla!
¡Paso, en fin, á la Fé que sin mancilla
Y entre el fuego y el ruido del combate,
Cien legiones conduce á la victoria!

FRANCISCO JUST.

SERAPHIA

MIRAD á Roma! ¡La ciudad de los Césares! El
hombre que acababa de pronunciar estas
palabras, y que por sus vestidos dejaba conocer
que era un liberto, se acercó á una litera que iba
escortando, y abrió sus cortinas. Una mujer asomó
por entre ellas la cabeza, y con aire triste y
pensativo dirigió una mirada á aquel ameno paisa-
je bañado por todas partes con los ardientes rayos
del sol meridional.

La campiña de Roma ofrecía entonces un deli-
cioso espectáculo. La capital del mundo se hallaba
en todo el esplendor de aquella magnificencia
que más de una vez hizo decir á Augusto: He en-
contrado una ciudad de ladrillo, y he dejado otra
de mármol. Ni el incendiario Nerón, ni los bár-
baros que más tarde bajaron del Norte, ni el
tiempo, más inexorable que las tribus salvajes,
habían marcado aún su terrible huella sobre la
Ciudad eterna. Sus templos, sus palacios, sus cir-
cos, sus arcos triunfales, sus millares de está-
tuas, que formaban una inmensa población de
bronce y de mármol, se conservaban todavía en
pié; y el viajero, extasiado, veía el perfil de Roma
dibujarse blanco y magnífico en el hermoso y
brillante azul del cielo.

—¿Ves esa cúspide suspendida en los aires?
continuó el conductor de la litera, cuyo traje
indicaba pertenecer á la clase de los libertos;—
ese es el panteón que Agripa quería destinar á
César Augusto, padre de la patria; allí, sobre el
monte Palatino, estaba su habitación, más sencilla
que los palacios de sus mismos libertos; más
lejos está el pórtico de Livia, que hace olvidar á
los extranjeros las bellezas de Atenas y de Corin-
to. El sol cae en este momento á plomo sobre el
Capitolio. ¿Ves aquella blanca columnata? Pues
cerca de ella está el templo elevado por Augusto
en honor de Júpiter Tonante, el que consagró á
Apolo después de la batalla de Accio, y el de la
Concordia, donde Cicerón reunió á los padres
conscriptos amenazados por Catilina. Innumera-
bles son los santuarios que ha elevado en honor
de los dioses este pueblo. Míralo, pues, y dinos
luego si Roma no vale tanto como Jerusalén.

Seraphia, tal era el nombre de la mujer á quien
hablaba el liberto, dijo con voz serena:

—Roma es una magnífica ciudad, magnífica
sobre todo por sus destinos y no por sus monu-
mentos, que pueden durar poco más de un día.
Yo la miro con los ojos del alma, y sobre sus pa-
lacios derruidos, sobre sus templos reducidos á
polvo, veo brillar el signo libertador que le ase-
gura el imperio eterno sobre todas las naciones.

—¿Y qué signo es ese?

—El signo de la cruz, sobre el cual murió el
Redentor de la humanidad.

El liberto se encogió de hombros, porque
aquellas palabras no tenían para él ningún senti-
do: volvió á dejar caer las cortinas de la litera y
dió orden á los esclavos para que hiciesen avivar
el paso de las mulas.

La litera llegó bien pronto á Roma, y siguien-
do las órdenes del liberto, tomó la dirección del
monte Palatino, recorriendo la Via Sacra, deco-
rada con varias columnas triunfales, pasando

delante del templo circular de Vesta, dejando á
la derecha el Tesoro público y el anfiteatro, inme-
diato al palacio de los emperadores, donde Pom-
peyo y Augusto ofrecían al pueblo romano esos
terribles espectáculos que tanto excitaban la pú-
blica ansiedad. Al llegar al palacio que ocupaban
los emperadores se detuvo un momento, y un
liberto que pasaba se acercó al conductor y le
dijo:

—César ha hablado de tí; hasta ha hecho, dicen,
un voto á Esculapio, á fin de acelerar tu feliz
venida. Ya ves, Lucio, que te es propicia la for-
tuna.

—Estos votos se dirigen á los dioses por esta
mujer que traigo desde el fondo de la Judea,
llevando en una cajita un talismán que debe cur-
rar al emperador.

—Apresúrate: en ese caso las puertas te serán
abiertas, y César, que no recibe ni al Senado, ni
á los hijos de Germánico, ni á Agripina su madre,
ni al mismo Sejano, te recibirá á tí y á tu matro-
ma judía.

Lucio hizo bajar de la litera á Seraphia, que
llevaba envuelta entre los pliegues de su manto
una cajita, y seguía á su conductor meditabunda
y silenciosa como siempre. Atravesaron juntos
unas espaciosas galerías, en las cuales se veían,
ya esa magnífica y copiosa colección de libros
que había recogido Augusto, ya las más célebres
estatuas halladas en Atica y en Sicilia. Lucio in-
trodujo á Seraphia en una habitación escasamente
iluminada; se acercó á un hombre que estaba
recostado sobre un lecho de descanso; le dijo al-
gunas palabras en voz baja y en la actitud del
más profundo respeto, y después, haciendo acer-
car á su compañera, se retiró.

El enfermo, recostado en blandos cojines, pálido
y abatido, cuya vida parecía toda reconcen-
trada en sus grandes ojos negros y penetrantes,
se incorporó en el lecho y dirigió á la hebrea una
mirada en que parecía descubrirse la esperanza
mezclada con una vaga inquietud.

Seraphia había andado ya más de la mitad del
camino de la vida; una cabellera blanca rodeaba
por todas partes su frente pálida y serena; su ro-
stro, velado con una nube de tristeza, tenía, sin
embargo, una expresión inefable de paz y de bon-
dad, belleza interior, reflejo del alma, que parece
borrar las huellas del tiempo y del infortunio.
Majestuosa y tranquila, permanecía en pié, sin
que la turbase la presencia de aquel hombre. Y
sin embargo era el señor del mundo, el sucesor de
Augusto; era, en fin, el emperador Tiberio.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó mirándola
siempre con aire sospechoso.

—Seraphia, hija de Sophar y mujer de Sirach.

—¿Eres judía?

—Pertenezco á la tribu de Leví.

—¿Judía de religión?

—He practicado la ley de Moisés hasta el día
en que he conocido al Cristo mi Señor, y he ha-
llado al fin el cumplimiento de las promesas he-
chas á Abraham, nuestro padre: desde ese día ob-
servo sus mandamientos, y tengo puesta en Él to-
da mi esperanza.

—¿Vuestro Cristo es enemigo de los príncipes y
de todos los emperadores?

—El, señor! ¿El, que ha repetido tantas veces
que su reino no era de este mundo? ¿El, que se ha
sustraído á las instancias del pueblo que quería
hacerle rey, y que ha excitado la envidia y el odio
de los fariseos, diciendo á sus discípulos: «Dad al
César lo que es del César?»—Sus discípulos ¿no
son, pues, rebeldes? ¿Obedecen los mandatos de
los emperadores?

—Reverencian al Cesar como á un amo que les
ha dado el mismo Dios, y le quieren como á un
hombre, es decir, como á un hermano.

—Sí,—respondió el emperador después de un
instante de silencio y reflexión;—sé muy bien que
Cristo es el verdadero enviado de los dioses, y hu-
biera querido colocar su busto entre las estatuas
de los inmortales, en el panteón que Agripa ha
consagrado á todas las divinidades del Olimpo; pe-
ro el Cristo es un Dios envidioso que no consiente
más culto que el suyo. Tú sabes que instruído yo
de sus virtudes, de su muerte y de su inocencia,
he quitado á Poncio el gobierno de Judea: las se-
guras romanas no deben marchar delante de un
juez débil é inicuo.

—El Señor ha juzgado á Poncio,—dijo Sera-
phia en voz baja.

—Tú sabes—continuó Tiberio,—con qué obje-
to te he hecho venir desde Judea; deseo saber to-
do lo que tiene relación con Cristo; habla sin te-
mor. Y si la cajita que veo debajo de tu velo en-
cierra ese tesoro que quiero contemplar, colócala
en ese pequeño altar, bajo la custodia de mis dio-
ses tutelares.

—Eso es imposible, dijo Seraphia: no puede
haber alianza entre Cristo y Belial.

Colocó entonces la cajita sobre una mesa de
sándalo, y después se recogió un instante, é in-
vocando el auxilio divino habló de esta manera:

—Yo me casé muy jóven con Sirach, miembro
del consejo del templo, y Dios bendijo nuestra
unión dándonos bien pronto dos hijos. Vivíamos
muy dichosos, llenos de confianza en Dios, y de-
seando ardientemente la redención de Israel. Co-
mo los demás fieles hebreos, nosotros también
esperábamos ansiosos la venida del Mesías liber-
tador. Las setenta semanas de Daniel habían
transcurrido; el cetro no estaba ya en la casa de
Judá; las profecías hechas á nuestros padres pa-
recían cumplidas, y á la ley dictada sobre el monte
Sinai sucedía una ley de gracia, de misericor-
dia y de amor. Los cielos iban á abrirse; el Justo
iba á bajar á la tierra como un rocío esperado
por largo tiempo, y prosternados delante del al-
tar repetíamos con más ardor las palabras que el
Espíritu Santo dictó á Isaías: «Señor, enviadnos
al Cordero dominador de la tierra; enviadnos á
Aquel que nos habeis prometido. ¡Oh! si quisie-
seis abrir los cielos y descender de ellos!»

Un día corrió la voz de que nuestros votos es-
taban cumplidos, los fieles israelitas se decían
unos á otros: «Un hermoso Niño acaba de venir
al mundo... María, la esposa de José, es bendita
entre todas las mujeres, porque ha dado á luz al
Deseado de las naciones... Los reyes han venido
desde los más remotos confines del Asia para ad-
rarle, y le han ofrecido oro, incienso y mirra.»

Ya nos regocijábamos, y nuestros corazones
ensalzaban las conquistas de aquel Rey que de-
bía someter todas las naciones á su imperio.
Nuestras frentes, poco antes humilladas, volvían
á levantarse con noble orgullo, y creíamos que
los tiempos de David y de Salomón iban á rena-
cer más brillantes, más espléndidos que nunca.

Poseída del orgullo de madre, consagraba yo
mis hijos al servicio de este nuevo Rey, y al ver-
los tan hermosos y tan llenos de vida formaba mil
proyectos de gloria sobre su misma cuna. Un día
me encontraba sola y sentada cerca de ellos, cuan-
do unos horribles gritos me hicieron salir al
pórtico donde se habían reunido nuestros criados.
Ví con horror y espanto que un pelotón de solda-
dos, armados de picas y espadas y hachas, perse-
guían á algunas mujeres que llevaban sus hijos
en brazos: dos de estos hombres hirieron á unos
niños en el seno mismo de sus madres: bien pronto
ví rodar por el suelo, sangrientos y mutilados,
los cuerpos de aquellas tiernas criaturas. Una
mujer pálida y desconcertada pasó en aquel ins-
tante por delante de mí, gritando: «Herodes hace
matar á todos los niños para dar muerte al Me-
sías.» Al oír estas palabras volé á la cuna donde
dormían mis hijos, los oculté contra mi pecho, y
hubiera querido esconderlos, en las entrañas don-
de los había llevado antes. Intenté la fuga; pero
¿á dónde? Los lamentos y los gritos de las ma-
dres, que se dejaban oír por todas partes, me
anunciaban una horrible carnicería. Uno de mis
niños se puso entonces á llorar, asustado quizá de
los descompasados movimientos que me inspiraba
el terror. Quise ahogar sus gritos; puse al efecto
mi mano sobre sus tiernos labios; intenté ahogar
aquella voz lastimera que iba á denunciarlos á la
muerte; pero todo fué en vano. Una lucha terri-
ble se trabó en el pórtico; yo oía los gritos de los
soldados y los lamentos de mis pobres servidores
que quedaron heridos defendiéndome; pocos mo-
mentos después sentí fuertes pisadas en la escale-
ra de mármol: la piedra resonaba bajo la férrea
sandalia de los soldados; la puerta se abrió al fin;
yo me lancé á su encuentro... Ignoro lo que pasó
después, señor; los soldados me rechazaron, me
arrojaron al suelo, y cuando, después de algunas
horas volví en mí de aquel horrible letargo, me
hallé acostada en mi lecho, rodeada de algunas
mujeres que lloraban amargamente y de mi ma-
rido cuya desesperación llegaba á su colmo: pedí
mis hijos, y como no me obedecían me levanté;
los busqué yo misma y los encontré junto á su cu-
na, adornados de flores que poco antes les servían
de juguete: quise tomarlos en mis brazos, pero
estaban helados: abrí sus vestidos, y hallé sus pechos
destrozados con hondas heridas. ¡Los dos... los
dos estaban muertos!

—Me acuerdo de que al oír esta noticia exclamó
César Augusto: «Más vale ser puerco en casa
de Herodes que hijo suyo.»—dijo el emperador
con amarga sonrisa.

—Y es verdad, porque él, el verdugo de todas
las madres, tampoco tuvo conmiseración de su
propia sangre; sus hijos fueron también inhu-
manamente degollados. Él envió al cielo las primi-
cias de los mártires. ¡Dichosos ellos que recibie-

ron desde la cuna una palma inmortal y tocaron con sus inocentes manos las coronas de los escogidos! Sólo sus madres eran dignas de compasión. Por lo que á mi toca, viví desde aquel día sin querer recibir consuelo alguno. Mi esposo y yo nos condenamos voluntariamente á vivir en un retiro donde se alimentaba más y más la pena que destruzaba nuestros corazones. Largos y angustiosos días pasaron de esta suerte y nuestra edad cada día no pudo contar con el apoyo de unos hijos respetuosos, que son la más bella corona de los ancianos. Mi marido, acabado más bien por los disgustos que por los años, murió con el corazón lleno de alegría, como un viajero cansado que llega al término de su viaje. Yo me quedé entonces sola en la triste mansión que había abandonado para siempre el compañero de mi vida, y viví constantemente entregada á la oración y al llanto.

Por este tiempo una de mis parientes que habitaba en el país de Sidon, situado á las orillas del mar vino á visitarme; y en verdad que me sorprendió su visita, porque hacía largo tiempo que una grave enfermedad la tenía constantemente obligada á guardar cama. Parecía entonces fuerte y robusta, como si la sávia de la vida corriese por sus venas más abundante que nunca. «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros—me dijo contestando á mis reiteradas preguntas—escucha bien lo que me ha sucedido. Yo estaba enferma doce años há, sin esperar mi curación, cuando oí decir á todas las personas [que me rodeaban que Jesús de Nazaret practicaba las obras de Dios y curaba por su palabra, por su tacto ó por su simple voluntad á todos los enfermos que llegaban á su presencia. Regocijose mi alma con tan satisfactorias nuevas; y sabiendo que Jesús no estaba lejos de mi casa, intenté salir. Sin duda alguno de esos espíritus que están delante de la Faz de Dios hubo de prestarme en aquel instante su poderoso auxilio. Atravesé, pues, por entre la multitud, y ví de lejos á Jesús, con su semblante majestuoso y levantando su mano en actitud de bendecir. Me acerqué, me arrojé detrás de él, y poseída del deseo de verme sana toqué la franja de su manto. En el momento mismo me sentí curada: recibí mi primitiva fuerza; y el Divino Maestro, volviéndose hácia el punto donde yo estaba, dijo en alta voz:

—¿Quién ha tocado mis vestidos?»

—Los discípulos le respondieron:

—«Maestro, estais viendo la inmensa multitud que nos rodea, ¿y nos preguntais quién os toca?»

—Pero Jesús respondió:

—«Alguno me ha tocado, sin duda, porque conozco que de mí ha salido una virtud.»

—Entonces, viéndome descubierta, me acerqué temblando; me eché de nuevo á sus piés, le confesé el deseo y la intención con que lo había tocado, y Jesús me dijo con la mayor dulzura:

—«Anda en paz, hija mia, que tu fé te ha sanado.»

«Desde ese día no he vuelto á tener padecimiento alguno; y como eterna gratitud al divino Bienhechor, he mandado construir cerca de mi casa un grupo de bronce que representa á Jesús de pié, lleno de gracia y magestad, y á mí, pobre enferma, arrodillada junto á El, extendiendo mi mano hácia el borde de su vestido. Ya lo ves, Seraphia; el Señor es grande en sus misericordias, y ha llegado el tiempo en que la justicia y la paz se den una señal de alianza.»

Tal fué, señor la relación de mi amiga, cuya verdad confirmaba el vigor sobrenatural que había venido á reanimar un cuerpo exánime y acabado por la fuerza del mal. Entonces yo también concebí el deseo de ver y oír á Jesús, el Hijo de Maria; á Jesús por quien mis hijos, tiernos é inocentes víctimas, habían muerto en su misma cuna. Supe que se dirigía á la ciudad santa, á Jerusalem, y confundíndome con la multitud que le seguía noche y día, y que por recoger el maná de su palabra olvidaba hasta el alimento corporal, mezclada entre los pobres á quienes explicaba el Evangelio, escuché sus instrucciones. No os las repetiré, señor: las obras de Dios hablarán al emperador, yo lo espero; y entonces querrá conocer las leyes de ese Doctor divino, de ese Verbo eterno, de esa Sabiduría increada, que ha bajado de los cielos para ilustrar á todas las naciones. Por lo que á mi toca confieso que de pronto me hallé enteramente cambiada, mi dolor se convirtió en regocijo, mi abatimiento en esperanza, y un himno de alegría resonó en mi corazón para cantar la memoria de mis hijos, inocentes y gloriosos mártires de Cristo y de mi esposo, que había deseado al Santo de Israel. Sólo turbaban mi serenidad legítimos temores por la persona de Jesús, de mi Maestro; el infierno entero se armaba

contra El, y El mismo había predicho su próximo fin.

Se acercaba entonces la época en que los judíos celebraban la Pascua: era la víspera del sábado. Desde por la mañana, todo Jerusalem no era más que confusión y desórden. Jesús vendido por uno de los suyos acababa de ser entregado al príncipe de los sacerdotes. Con el corazón lleno de angustia y poseída de un espantoso temor, escuché entonces la relación de los ultrajes que este Rey de los reyes había experimentado en casa de Caifás durante una noche terrible, cuyos secretos infernales no serán conocidos hasta el gran día de las justicias del Señor. De hora en hora llegaban á mi oído nuevos rumores. El gobernador de Judea acababa de enviar á Jesús al tetrarca Herodes. Este, rodeado de una Corte insolente, había tratado con menosprecio y mofa al Hijo de Dios. Llevado otra vez delante de Pilato, sufrió el castigo de los esclavos, y una soldadesca cruel coronó de espinas al Dios que se había hecho hombre por salvar á los demás hombres. Pilato despues de haber cedido á los cobardes furros del pueblo, había querido lavar sus manos de la sangre que las manchará siempre, y había enviado á Jesús á la muerte. Y El siempre paciente, siempre sumiso, parecía sentir hácia sus infames verdugos un amor más poderoso que la muerte misma.

Ya la sentencia estaba pronunciada, ya el cortejo se dirigía hácia el Gólgota. Jesús iba á pasar por delante de mi casa, y yo oía resonar los clarines de la caballería romana. Al instante formé mi resolución, me coloqué á la puerta de mi casa, y allí esperé. Vi á los orgullosos, y ricos fariseos, llenos de sanguinaria alegría, y precediendo en sus soberbios caballos la marcha del Justo, que caminaba agobiado bajo el peso de la cruz. Vi unos hombres de feroz aspecto que llevaban, riéndose, las escaleras, las cuerdas y los clavos. Un populacho ansioso de sangre inundaba las calles y me estorbaba ver á Jesús. Por todas partes no oía más que blasfemias y horribles sarcasmos: hasta los niños llevaban cayadas en las manos para arrojarlas á los lacerados piés del Salvador. Al fin le llegué á ver, pálido, ensangrentado, conservando aún la existencia por efecto de un esfuerzo supremo, y vacilando bajo el enorme peso con que habían cargado sus espaldas.

Al verle en este estado ya no pude contenerme; ninguna fuerza humana hubiera bastado á estorbarme el paso. Salí hasta el medio de la calle, me adelanté hasta encontrar á Jesús y quitándole el velo, caí á sus piés, diciéndole: «Permitidme que limpie el angustiado rostro del Señor.» Jesús tomó el velo, lo puso sobre su rostro, y me lo volvió dándome gracias.

Estreché este velo sobre mi corazón, y entré sin demora en mi casa, perseguida por las imprecações de la multitud, pero considerándome muy dichosa en tomar parte en el cáliz del Señor. Entonces desenvolví el velo, y llena de alegría, de asombro y de ternura, ví que Jesús, usando con su peadora de un poder supremo, había impreso en él su rostro, tal como yo lo acababa de ver, sangriento y desfigurado. Permanecí sola en mi casa, contemplando el precioso recuerdo que me había legado el Salvador... Tres horas despues todo se había consumado. Jesús había muerto, y el mundo estaba rescatado.

Tal fué la relación de Seraphia. Tiberio la había escuchado con atención profunda, y entonces la dijo bruscamente:

—¡Mujer! enséñame ese velo.

—Hélo aquí, señor, respondió Seraphia abriendo por medio de una llave de plata la cajita de cedro. Sacó de ella un largo velo de lana blanca y desenvolviéndolo á los ojos del emperador, dijo interiormente:

—¡Dios mío, manifestad ahora vuestro poder!

El velo milagroso llevaba impreso un rostro ensangrentado, coronado de espinas, cuya expresión angusta y dolorosa infundía en el alma cierta ternura mezclada de temor.

Tiberio le contempló y extendió sus manos trémulas para tocar aquella imagen adorable; pero retrocedió como si un sentimiento de respeto, hasta entonces desconocido, hubiese hablado en aquel instante á su corazón. Levantose repentinamente del lecho, y exclamó:

—¡Tu Dios es un Dios omnipotente, mujer! Su imagen me ha vuelto la salud.

Seraphia cayó de rodillas y adoró en silencio. Tiberio respetó sus piadosas efusiones, y despues de un largo rato la dijo con dulzura:

—Quédate á mi lado; yo te daré en Roma una casa y esclavos que te sirvan: adoras á tu Dios en paz, y ninguna mujer, aunque sea la emperatriz

y la sacerdotisa de Vesta, se verá como tú colmada de riquezas y honores.

—Gracias, señor, pero no tengo más que un deseo en este mundo: el de vivir y morir cerca del sepulcro de mi Maestro.

—¿Quieres, pues, volver á Jerusalem?

—Sí, señor.

—Te daré oro.

—No lo necesito.

—Pero te llevarás al menos algunos perfumes para quemarlos en el sepulcro de Jesús.

—Los ofreceré en vuestro nombre, señor, al que no habita ya este sepulcro, pero que reina glorioso en el cielo.

—¿No quieres otra cosa?

—Señor, quisiera que confesáseis la fé de mi Dios, pues acaba de daros una señalada prueba de su poder.

—Eso sería abdicar mi imperio. Las divinidades protectoras de Roma se vengarían.

—¿Puede vengarse la nada?

—Anda en paz mujer. Mientras yo conserve el imperio del mundo, nunca serán inquietados los discípulos de Jesucristo.

Seraphia dejó al emperador y volvió á Jerusalem. Los judíos la persiguieron y la encerraron en una prisión, donde murió de hambre por amor de Jesucristo.

La tradición cristiana ha conservado el recuerdo de esta piadosa mujer, á la que conocemos con el nombre de *Verónica*.

Á LA FÉ

ODA

CANTO á la Fé! mi espíritu anheloso
sola altura escala en arrogante vuelo,
y al portal luminoso
donde principia el cielo
llamo, y se abren sus puertas
por alados querubens custodiadas,
para que estén cerradas

al malvado, y al justo siempre abiertas
Desde su trono el Dios de las batallas
los abismos preside
sin límites ni vallas,
y del cometa los caminos mide;
mi canto empieza, caigo de rodillas,
y en la mundana escena
hasta en las más recónditas orillas
del universo repercute y suena.

Contemplo desde aquí lleno de espanto
en legión numerosa
los astros encendidos
girar formando espesa nebulosa
por el celeste manto,
cual fulgúreos diamantes desprendidos
del trono del Eterno:
la historia del pasado y lo presente
realidad es palpable ante mi vista,
la pérfida serpiente
que, engendro del averno,
de la herencia del cielo nos privara,
y de la cruz la nueva reconquista
que disipó el nublado,
tornando en alba clara
las oscuras tinieblas del pecado.

Adán perdió su fé; y el cielo quiso
que purgara en la tierra
desterrado del almo paraiso
su torpeza y locura;
las pasiones le hicieron cruda guerra;
cayó la imagen pura
del mismo Dios; la repugnante escoria
del ciego paganismo
abrió á los piés del hombre cima oscura,
de fingidos deleites torpe abismo.

¿Cómo el hombre maltrecho
levantarse podrá de su caída
la esclavitud rompiendo que le oprime?
Sólo llevando al angustiado pecho
la suave llama de la fé perdida
y creyendo en Jesús que le redime.

Para el drama terrible y sanguinario
que un día perpetró pueblo maldito,
se levantó una cruz en el calvario
como signo de amor, faro bendito;
con armoniosas notas
la trípede cumea
cantó del paganismo las derrotas,

y ante el vástago humilde de una Hebreá los ídolos cayeron del pedestal heridos, y en las entrañas de la tierra fueron sepultados y en polvo convertidos.

Huyeron las oscuras tinieblas del error, y desde el cielo la fé bendita, con sus luces puras, bajó de nuevo á iluminar el suelo.

La fé inspiró los hechos de Pelayo, y la falda escabrosa del Covadonga, hiriendo como el rayo, lanzó cien valerosos campeones fieros como leones, que derrotaron en campaña honrosa de la morisma el formidable bando.

La fé triunfó en las Navas de Tolosa, y su nombre invocado junto á los negros muros de Granada, Isabel y Fernando vieron á España entera libre por fin de la morisma fiera.

Ella nos dió para eterna memoria, para inmortal escudo de nuestro esfuerzo en el combate rudo, después de siete siglos la victoria; y es que en la lucha airada que alienta con rencor Marte sangriento, cien soldados sin fé no valen nada, y un solo hombre con fé vale por ciento.

La fé, la fé tan sólo dió á Cristóbal Colón un nuevo mundo, que alejó las orillas de la tierra de uno á otro confín, de polo á polo. Ella fué siempre el manantial fecundo que inagotable caridad encierra: por ella el misionero

con el tosco sayal del penitente se interna en las regiones apartadas del ecuador ardiente; sin temor á las tribus ignorantes, por el vicio y error desenfrenadas, en lucha de gigantes y en campañas gloriosas civiliza al salvaje envilecido á quien trata cual padre cariñoso, como á hermano querido; ó en islas ponzoñosas donde el aire letal veneno vierte, los brazos echa al cuello del leproso sonriendo en el seno de la muerte.

¡Oh fé bendita y santa! Del pueblo que á tu abrigo pone sus dichas y tus glorias canta, tú eres paz y concordia; tú de los hijos de Alicante hieres del corazón las fibras delicadas cuando con fuerte voz, «¡Misericordia!» exclaman hombres, niños y mujeres, postrándose de hinojos rendida el alma y húmedos los ojos, ante el sudario de la Faz Divina.

Quien tus huellas ¡oh fé! sigue amoroso á la morada eterna se encamina del Todopoderoso: antes que yo te pierda, la palabra enmudezca en mi boca; el firmamento vomite rayos sin cesar airado, y extinga despiadado con fuego destructor mi pensamiento.

G. M. CALATAYUD.

PENSAMIENTOS

¡MISERICORDIA!

¿POR QUÉ no bajan los ángeles del cielo á cubrir con sus alas de amor á los piadosos moradores de esta bendita tierra?

¿Por qué no se muestra á los ojos del pueblo fiel la Santísima Faz de nuestro Dios, resplandeciente de luz y entre arreboles de gloria?

¿Por qué los ecos de nuestros campos no repiten las notas sublimes de angélica armonía, que hacían vibrar las más puras fibras del sentimiento religioso?

¿Por qué no se levanta ya erguida y majestuosa la esbelta copa del pino de los prodigios, cubierta un día por la misteriosa nube del poder de Dios?

¡Misericordia, Señor, Misericordia!

II

El corazón humano ha sentido el frío mortal de la indiferencia, y los ángeles han volado á lo alto de los cielos porque nuestras almas insensibles no repiten el eco de sus divinas armonías.

El positivismo materialista ha inundado la faz de la tierra, y los ojos del espíritu, privado de la luz de la fé, no pueden ya contemplar la infinita hermosura de la Faz de Dios.

A la humildad de la oración fervorosa que atrae sobre el mundo las bendiciones del cielo, ha sucedido el orgullo de la horrenda blasfemia que cierra para el mortal las puertas de todo consuelo y de toda esperanza.

Y reina el silencio de la muerte allí donde resonaban antes los cánticos de nuestra fé.

Y el devorador insecto de la impiedad ha hincado su diente en la raíz del árbol de nuestras creencias; y el árbol se ha secado, y sólo queda inerte tronco, triste recuerdo de su antigua lozanía.

¡Santísima Faz de Cristo! Derrama una lágrima de misericordia sobre tu ciudad amada; humedece con el rocío de tu vivificante gracia la seca raíz del árbol santo de nuestra fé; retoñen de nuevo las virtudes cristianas que inmortalizaron el nombre de nuestros padres; y suban otra vez hasta el cielo las plegarias de nuestra piedad ardiente y los himnos de nuestro entusiasta amor.

¡Misericordia, Señor, Misericordia!

RAFAEL TOUS.

**

Los pueblos que tienen puestos siempre sus ojos en el semblante de Jesucristo, sol de eterna justicia, rejuvenecerán como el águila cuando levanta su vuelo y pierde de vista la tierra para mirar fijamente al sol material que nos alumbrá.

SILVERIO ALONSO DEL CASTILLO,
Doctoral de Tenerife.

**

PARA los que tenemos la dicha de vivir guiados por el sentimiento religioso, son los pueblos, en días de entusiasmo análogos á los presentes, lo que para el viajero que cruza el desierto, el oasis que le brinda con sombra y grato descanso.

MATEO ALONSO DEL CASTILLO

**

La celebración del presente Centenario garantiza la estabilidad de la fé católica en Alicante. Los pueblos que, como esta ciudad insigne, rinden sincero y entusiasta culto á sus tradiciones, no pueden perecer. Arreciarán los vendabales; tronarán pavorosas las tempestades, pero la fé en Cristo y el amor ferviente que Alicante profesa á la Santísima Faz, serán salvaguardia en los peligros, luz brillante en las tinieblas, ramo de olivo en las contiendas, consuelo supremo y eficazísimo en todas las tribulaciones: ¡Fiat! fiat!

FR. A. MALO Y ALGÁR.
Franciscano.

**

El amor une los corazones de los hombres, después ha sido criado para este fin. Creo con firmeza que la caridad del pueblo alicantino se aumentará, porque ama el Rostro del Salvador, en quien fijas las miradas de sus hijos; por el amor se unirán sus ánimos y fraternizarán con

todos los pueblos para hacer reinar á Jesucristo en los corazones de todos los hombres.

FR. DOMINGO AVILA.
Franciscano.

EL VERDADERO TESORO

Fuz, fuego, fuerza, calor;
Verdad y dicha cumplida;
Encanto, salud y vida,
Virtud, dignidad, honor:
Cielo, fé, esperanza, amor,
Dulzura, grato solaz,
Consuelo, refugio, paz
Y providencia constante...
Para la noble Alicante
Es la Santísima Faz.

JOSÉ CIRUGEDA ROS.
Dedn de Valencia.

Á LA SANTÍSIMA FAZ

HIMNO

Salve, Salve Reliquia Sagrada
De Alicante preciado blasón,
de su historia cadena gloriosa
de sus cultos objeto de amor.

Hoy sus hijos unánimes cantan
tus portentos Santísima Faz,
y á sus voces se juntan los ecos
de los cielos, la tierra y el mar.

A tus piés de rodillas imploran
de sus faltas y errores perdón:
«bien venido,» llorando te dicen,
no desoigas sus ruegos, Señor.

Salve, Salve los cielos se abren
ante el rostro del Dios de Israel,
todo un pueblo te adora rendido
todo un pueblo, Señor á tus piés.

F. RIENZI.

A LA FAZ DIVINA

Quando con la cruz á cuestras
Dios caminaba al Calvario
salió la santa Verónica
á engugar su Rostro Santo.

En prueba de amor, Jesús
dejó su rostro grabado
en el Lienzo que engudara
su sangre y su llanto amargo.

Esta es la Santa Reliquia,
este el tesoro sagrado
á quien los alicantinos
humildemente adoramos.

Tiemblan las hojas en la oscura selva,
gimen las olas de la mar bravía,
se estremece de júbilo Alicante
resuenan melodiosas armonías.

Unen cantando al general concierto
las vírgenes sus voces argentinas,
cielo y tierra se juntan... ¿qué sucede...?
es el Rostro de Dios que nos visita.

Canten las fuentes,
canten las aves
y auras suaves
himnos de amor,
que ya nos cubre
bajo su manto
el Rostro Santo
del Salvador.

IDEM.

ALICANTE:
IMPRENTA DE ANTONIO SEVA.
1889.